

COLECCIÓN



Than Dinh Van

VIVIR COMO ÉL

Vida del Héroe Nguyen Van Troi
según el relato de su viuda Pham Thi Quyen



Fondo Editorial Ipasme

Comandante Hugo Rafael Chávez Frías
Líder Supremo de la Revolución Bolivariana

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Lic. Jorge Arreaza
Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Lic. Héctor Rodríguez Castro
Ministro del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme
Dr. Mario A. Quiñones S.
Presidente

Soc. Isabel María Gutiérrez
Vicepresidenta

Prof. Emilio R. Figueroa Lanza
Secretario

Fondo Editorial Ipasme
Diógenes Carrillo
Presidente



VIVIR COMO ÉL

Vida del Héroe

NGUYEN VAN TROI

según el relato de Pham Thi Quyen



Fondo Editorial Ipasme

Transcripción de un ejemplar editado en La Habana
en el año 1966 por Ediciones Venceremos

Vivir como él

Según el relato de **Pham Thi Quyen**

Depósito Legal: **En trámite**

ISBN: **En trámite**

Diseño de portada: **Yaraiví Alcedo**

Diagramación: **Esther Gómez**

Corrección: **Miguel Raúl Gómez**

Producción: **Luis Durán**

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Victoria

(Presidente Medina) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: 0058 (212) 633 53 30

Fax: 0058 (212) 632 97 65

Vivir como él

según el relato de **Pham Thi Quyen**

viuda del mártir **NGUYEN VAN TROI**

anotado por Than Dinh Van

La presente versión ha sido tomada
de *Literatura por la liberación*, Vietnam del Sur, 1965.

Tradujo del francés: Taurino Rodríguez

Prólogo

Vivir como él es una cartilla revolucionaria para su estudio e imitación por la juventud en cualquier parte del mundo. Se trata del espejo de una vida cuyo final conmovió a la humanidad que se agita decidida a romper las amarras de un sistema decadente, cuyos estertores de muerte constituyen una seria amenaza para los pueblos a los que, de una forma u otra, oprimen cruelmente.

Es la vida del héroe Nguyen Van Troi, joven obrero electricista perteneciente a las fuerzas especiales llamadas Dag Gong a las FAL del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur, contada por su esposa, una muchacha valiente de 21 años a quien su marido enseñó a amar y entender cabalmente la gran causa de su pueblo, la que encontró su camino en las invencibles guerrillas survietnamitas. La escuela revolucionaria de Van Troi es la existencia misma de las poderosas fuerzas populares de su patria; la constituyen los combatientes de los bosques, de los llanos, de las mesetas y de las ciudades del sur de Vietnam; los hombres y las mujeres que en las cárceles de horror del imperialismo yanqui en Vietnam del Sur mantienen el espíritu combativo y la moral revolucionaria resplandeciente, al igual que los soldados de las FAL cuando rechazan a un enemigo que cuenta con las armas más modernas, con acorazados, aviones, tanques y todo tipo de máquinas automáticas, e

incluso no tienen reparo en usar elementos prohibidos en la guerra moderna, como son los gases tóxicos y los ataques bacteriológicos.

El proceso a Van Troi mantuvo en tensión al pueblo revolucionario de Cuba, que desde el primer momento hizo suyo al héroe vietnamita; y los guerrilleros de las FALN de Venezuela plagieron a un oficial yanqui en Caracas y propusieron a los Estados Unidos su canje por Nguyen Van Troi; este gesto magnífico llenó de esperanza a los revolucionarios de allá y de acá, pero una vez más el imperialismo yanqui incumplió un compromiso y asesinó arteramente a Van Troi, cuando los venezolanos dejaron en libertad al yanqui Smolens según se había convenido. De todo esto habla la narración de Pham Thi Quyen, recogida por el escritor survietnamita Than Dinh Van.

En Survietnam han aparecido muchas ediciones del hermoso documento revolucionario, al igual que en la República Democrática de Vietnam y otros países socialistas. La obra ha sido traducida a muchos idiomas, e impreso en distintos tamaños y calidades según las posibilidades de quienes han propiciado su impresión. La primera edición publicada en Cuba estuvo bajo los auspicios de la Unión de Jóvenes Comunistas y la Misión del Frente Nacional de Liberación en La Habana; fue una obra de bolsillo para manual de la juventud cubana; esta edición fue reproducida en distintas partes en la *Revista Mujeres*, e independientemente otras organizaciones revolucionarias, sindicatos y escuelas reprodujeron la obra en folletos, algunos de ellos mimeografiados. Ahora el Comité Cubano de Solidaridad con Vietnam del Sur publica en

Ediciones Venceremos una nueva edición en español de *VIVIR COMO ÉL* para que no solo los jóvenes cubanos, sino también los de América Latina tengan acceso a esta fuente directa y viva de patriotismo —frente a las elucubraciones y actos hipócritas y crueles del imperialismo yanqui— que, en definitiva, para gloria de los revolucionarios, se convierten, por firme decisión de la historia, en bandera de lucha y solidaridad militante entre todos los pueblos.

PATRIA O MUERTE

VENCEREMOS

Dra. Melba Hernández

Presidenta del Comité Cubano de Solidaridad

con Vietnam del Sur

1966,

LA HABANA, AÑO DE LA SOLIDARIDAD

“Por la patria, por el pueblo, el mártir NGUYEN VAN TROI ha luchado heroicamente contra el imperialismo norteamericano hasta el último aliento de su vida”.

“El espíritu indómito del héroe VAN TROI constituye un ejemplo revolucionario resplandeciente para todos los patriotas y ante todo para los jóvenes”.

TÍO HO

Aquella mañana del domingo 10 de mayo de 1964 me sentía muy preocupada: Troi no había vuelto a casa en toda la noche. “¿Dónde podrá estar?”, me preguntaba. Aquel domingo lo esperaba con más impaciencia que otras veces, pues habíamos quedado en visitar algunos familiares, cosa que aún no habíamos hecho desde nuestra reciente boda. Mis padres, oriundos del Norte, tienen muchos parientes que, como ellos, proceden de la aldea de Van Giap, provincia de Hadong. En décadas pasadas, muchos de esos aldeanos, impulsados por la miseria, tuvieron que abandonar el pueblo natal para ir a vivir en Saigón, pero fieles a las costumbres del Norte, es requisito indispensable que el matrimonio haga su “visita de presentación” al día siguiente de la boda, es decir, visitar a los familiares de la desposada. Pues bien, habían pasado dos semanas sin que hubiéramos cumplido con la familia. Además, era domingo; mi marido no podía seguir pretextando no sé qué ocupaciones que le impedían hacer la tradicional visita. Me sentía inquieta: “¿Cuál será esa ocupación que lo acapara hasta el extremo de no poder tomar un día de reposo, ni siquiera tratándose de nuestro matrimonio?”.

Durante nuestro noviazgo, cada vez que hablábamos del matrimonio, me decía lleno de entusiasmo: “Ese día debe ser sublime; el más hermoso día de nuestra vida... alegre,

bullicioso... con la casa repleta de gente cantando y divirtiéndose... y, claro está, nos arreglaremos para conseguir unos días de vacaciones y poder disfrutar de nuestra felicidad”. Pero, mientras más se acercaba el ansiado día, más lejos estaba él de realizar lo que con tanto entusiasmo había prometido más de una vez. Ni siquiera se cortó el cabello para la boda, y desde ese día regresaba tarde del trabajo, se sentaba en un rincón y permanecía horas enteras dibujando en unas hojas de papel. A veces, cuando visitábamos a algún amigo, me dejaba sola largo rato. Salía al patio con su compañero, se sentaban en el suelo, cogían unas piedrecitas y las colocaban aquí y allá, como si hubieran estado jugando a las damas. Un día le pregunté: “Por qué estás tan absorto y preocupado desde algún tiempo a esta parte?”. Me respondió: “El jefe del taller me ha confiado una máquina eléctrica muy complicada... no sé cómo repararla”.

Hubo también otra cosa que me llamó mucho la atención: en su dedo anular no llevaba el anillo con mis iniciales en relieve que yo le había regalado. Cuando le hice la observación me dijo que le molestaba para trabajar. Aquello me pareció muy extraño, pues recordaba que cuando le hice el regalo estaba realmente emocionado. Lo tuvo un buen rato en la palma de la mano sin atreverse a tocarlo, como si se tratara de un objeto sagrado. Después se lo puso en el dedo, lo retiró y volvió a colocárselo. Repitió la operación varias veces. Estaba probando si no se le caería al trabajar en los motores. Me miró y me dijo: “Para que yo no lleve en mis

dedos este recuerdo tuyo, sería menester que un accidente me hiciera perder ambas manos”.

¡Cuántas muestras de cariño me dio cuando éramos novios! Desde el día en que una de mis primas nos presentó, no faltó ni una tarde a mi salida del taller. A veces llovía a cántaros, pero él no fallaba. En una ocasión tuvo que ausentarse 14 días para ir a Quang Nam a visitar a unos familiares. Me escribió dos cartas, dos largas cartas. Al leerlas, daban la impresión de que no nos veíamos desde hacía varios años. Me encantaban sus cartas. Me las sé todas de memoria. Me sentía secretamente orgullosa de tener un enamorado tan fiel, tan bien intencionado y además muy querido por toda mi familia.

Muchos jóvenes me habían cortejado, “para probar”, como suele decirse. Pero Troi no era de esos. Jamás le oí un exceso de halago o frases que pudieran encerrar alguna idea deshonesta. Me hablaba apasionadamente pero con dignidad y respeto. Era intransigente, no aceptaba mis torpezas, ni siquiera cuando se trataba de simples errores verbales. A veces llegó a herirme el amor propio y hasta llegué a sentirme un poquito enojada; él se daba cuenta y me decía: “Te amo, cariño mío. Quiero que seas más perfecta todavía. Mientras más nos amemos, más debemos superarnos en todos los órdenes”. Sin embargo, de la noche a la mañana se había vuelto incomprensible. Iba y venía sin decir nada. Yo lo observaba en silencio, tratando de descubrir

la causa que tan abruptamente había hecho cambiar su carácter. Sólo una cosa no había cambiado: nuestra vida en común. Me prodigaba las mismas atenciones que antes. Y hasta me mimaba más que de costumbre. Un día en que me encontraba muy cansada, decidí quedarme en casa para reposar. Se sobresaltó y corrió por todas partes buscando medicinas, como si yo hubiera estado gravemente enferma. Después se sentó en la cabecera de la cama a tocar la mandolina; me daba la comida y me acariciaba como una madre a su bebé. Ya tarde en la noche, con un abanico de guano estuvo echándome fresco hasta que me quedé dormida.

La víspera de aquel domingo, después de haber terminado de comer, Troi se dispuso a salir, pero antes, como era su costumbre, cogió los dos cubos para ir a buscar agua y prepararme el baño en casa de una vecina porque en la nuestra no había cuarto de baño. Me enfurecí al verlo comer a la carrera para dejarme sola otra vez, sobre todo un sábado. Así que le dije con aspereza: No te molestes, puedes irte... si es que tienes tanto que hacer en otra parte. Yo iré a buscar el agua para el baño.

—¡De ninguna manera! —me respondió—, los escalones son muy altos y resbaladizos; podrías caerte.

Después de llevar el agua, cogió su bicicleta, y ya con un pie en el pedal se volvió hacia mí, diciéndome con un tono lleno de promesa:

—El arreglo del motor está casi terminado. Si lo acabo mañana... ¡la libertad es nuestra! ¡Iremos a pasear donde tú quieras... un día, una semana, un mes, el tiempo que tú quieras!

Sonreí, me sentía confiada. Estaba segura de que esta vez, al fin, saldríamos juntos. Mi traje de boda estaba preparado; me lo pondría para visitar a la familia. ¿Por quién empezaremos? ¿Por mi tío, por mi tía o mis primos? Bueno, después veremos eso. Además llevaré a Troi a casa de mis amigas para que se acabe la bromita de: “Tu marido, querida mía, es más tímido que un conejo. Desde que se casó se ha encerrado en la casa como un topo”. Ese domingo, como a las nueve de la mañana un grupo de siete u ocho policías irrumpieron en mi casa arrastrando a un hombre con las manos esposadas a la espalda. La irrupción fue tan violenta que en el primer momento no comprendí nada. Pero al ver al esposado, no podía dar crédito a mis ojos: ¡mi esposo, y en ese estado... no es posible! En cuanto él me vio, exclamó:

—¡Quyen, me han agarrado!

Dio unos pasos hacia mí. Me quedé petrificada. ¿Cómo es posible que haya cambiado tanto en una noche?, me preguntaba yo. Toda su cara estaba cubierta de equimosis; los ojos hundidos, los cabellos en desorden. Su traje azul había perdido el color, estaba totalmente cubierto de sangre y

fango. Los policías lo empujaron hasta hacerlo caer sentado en la cama. Uno de ellos, seguramente el jefe, paseó la vista por toda la habitación, y con aire burlón y un fuerte acento del Norte, dijo:

—No está mal; todo está limpio; bien arreglado... es una linda cámara nupcial... ¡Y con tan bonito nido, todavía hay quien se busca líos!...

Después, señalando algunos objetos, prosiguió: “Una mandolina; trajes nuevos, ¿y qué más...?”. Dio media vuelta buscando otros objetos con la vista y al llegar a donde yo estaba se detuvo, y dirigiéndose a Troi, añadió: “Y además, una mujer joven y bonita. ¿Qué más puedes desear con toda esta felicidad que te rodea?”. Troi, con gesto brusco echó la cabeza hacia atrás para quitarse un mechón de pelos que le caía sobre los ojos, y dijo reposadamente:

—Anoche les respondí, a usted y a toda su pandilla. ¿Qué más puedo desear? Acabar con todos los yanquis. Deseo que el Sur sea liberado.

El jefe de los esbirros lo fulminó con la mirada. Alzó la cabeza altivamente y en tono amenazador le dijo: “Veremos si vas a seguir tan bocón”. Acto seguido dio orden a los zapadores de registrar el patio hasta encontrar los explosivos que seguramente estarían ocultos por allí. Después se acercó a la cama y con su tono burlón prosiguió:

—Almohadas y sábanas nuevecitas... y en vez de aprovecharlas se ponen a oír a los Vietcong¹. ¡Mira a lo que has llegado!... y ellos, ¿se ocupan de ti ahora?... ¡Presiento que tu carapacho va a saborear de nuevo algunos golpecitos!

Troi levantó la cabeza y replicó:

—No soy como ustedes. Jamás podría vivir con la cabeza baja mientras los yanquis asesinan a nuestro pueblo con sus bombas y metralla.

Después, con entera serenidad, ignorando totalmente la presencia de los esbirros, empezó a recorrer con la vista la habitación que él mismo había construido poco a poco con la ayuda de un sobrino suyo hacía dos años, utilizando tablas y pencas de guano para la cobija. Cuando su mirada se posó en mí, me sentí indeciblemente conmovida: su semblante expresaba profunda extenuación y en sus ojos se advertía infinita ternura.

Mientras más cuenta me daba del amor que me profesaba, más indignación sentía contra mí misma. ¡Cómo me pesaba haber sido tan muchacha, tan cándida, tan inepta para comprenderlo... hasta llegué a dudar de su fidelidad! La evidencia me despertaba: Troi había sacrificado su felicidad por el bienestar de los otros; y hasta quiso sacrificar la fecha señalada para nuestro matrimonio por

¹Comunistas vietnamitas.

la acción revolucionaria. Entonces comprendí por qué insistía tanto en postergar la fecha de nuestra boda. Pero en aquellos momentos llegué a creer que buscaba un pretexto para romper el compromiso. Yo misma me había encargado de comunicarles a todos nuestros familiares y amigos la fecha de la boda. ¿Qué razón exponerles si esta no se realizaba? En realidad no podía exponer ninguna capaz de convencer a alguien, a tal extremo que el propio Troi, después de unos días interminables de mutismo, me dijo:

—No sé qué hacer para que me comprendas...

Se quedó un instante pensativo y añadió:

—Bien, nos casaremos el día previsto: pero, por favor: no me acuses injustamente. ¡Jamás he pensado abandonarte; te amo con toda el alma!

Tomó mis manos y en un tono que yo no comprendía en aquel momento, agregó:

—Sé que estás enfadada conmigo, pero no está lejano el día en que me comprenderás.

Su predicción se realizó, aunque demasiado tarde, desgraciadamente: él con las manos atadas a la espalda; yo, de pie, llorando amargamente.

Los zapadores regresaron a la habitación después de haber revuelto todo el patio sin hallar nada. Cuando todos estuvieron presentes, el jefe empezó a interrogarme:

—¿Dónde guarda tu marido los explosivos? ¿Lo has visto enterrar algo cerca de la casa?

Sin poder contener el llanto, respondí:

—Ignoro lo que hace mi marido; nunca lo he visto enterrando nada.

—Si no hablas —dijo con tono amenazador—, le daremos a éste una buena rociada aquí mismo.

—¿Qué puedo decirle si no sé nada? —protesté.

El esbirro se volvió hacia Troi:

—Si te decides a decirme dónde ocultas los explosivos, esta pieza seguirá siendo vuestro nido de amor; si te obstinas en negar, el nido se convertirá inmediatamente en una sala de tortura, de muerte.

—He dicho que no sé dónde están —replicó Troi tajantemente.

Como verdaderas fieras, los energúmenos se arrojaron sobre él, le amarraron ambas piernas para impedir que se mo-

viera y le aplicaron la tortura de la electricidad. Los corrientazos eran tan fuertes que lo hacían caer de espalda en la cama y retorcerse. Ante ese salvajismo, me lancé contra las fieras decidida a todo, pero a pesar de emplear todos mis recursos, dos esbirros me obligaron a sentarme en una silla. Seguí forcejeando y empecé a gritar. Al ver que sacaban las pistolas y amenazaban con dispararle a Troi si yo continuaba gritando, me contuve.

Después de la electricidad, pasaron a los golpes. Uno de los esbirros, pistola en mano, se había plantado delante de mí; ello me impedía ver la infamante escena, pero sí oí los golpes que le daban. Al fin cesaron para continuar el interrogatorio.

—¿Dónde has escondido los explosivos?

Sin decir una palabra, Troi se incorporó en la cama.

—Habla. ¿Dónde has escondido los explosivos? —interpeló enfurecido el jefe.

—Les he dicho que no sé. Pero si tienen tanto interés en saber dónde se encuentran, vayan a donde estén los yanquis; allí seguro los encontrarán.

Esta vez fue el propio jefe quien, rojo de ira, le arrebató el garrote a uno de los policías y se abalanzó a Troi gol-

peándolo salvajemente. Los otros le imitaron. Durante casi una hora alternaron los golpes con los interrogatorios. Al ver que el procedimiento no daba ningún resultado, el jefe ordenó que le desataran los pies y se lo llevaran.

Con mucha dificultad logró Troi ponerse de pie. Mientras esto hacía, me gritó:

—¡No tengas temor! ¡Ve a ver a tu tía y ayúdense las dos!

Con su ropa desgarrada y sangrando abundantemente por todas partes, se dirigió con lentitud hacia la puerta, mirándose y tratando de sonreír. Yo forcejeaba con los esbirros para poder acercarme a él. A pesar de que me oprimían la garganta pude gritarle:

—¡Te amo, Troi!... ¡No te abandonaré jamás!...

El jefe, volviéndose hacia mí, me increpó:

—¡Basta de lloriqueos! Lo que tienes que hacer es buscarte otro marido, porque con lo que ha hecho éste, bien merece que lo cuelguen.

Como a las once de la noche de aquel mismo día, los policías volvieron a casa para pedirme que los acompañara, pues Troi tenía que comunicarme algo muy importante.

Nada en el mundo me hubiera interesado tanto; así es que inmediatamente me dispuse a salir con ellos. De más está decir lo impaciente que me sentía por saber adónde habían conducido a Troi, para poder llevarle alimentos y ocuparme de él. En el trayecto, el auto se detuvo en un callejón. Dos policías se apearon, y unos minutos después regresaron con una joven estudiante. Seguidamente nos condujeron a la Prefectura de la Policía. Fue allí, durante el interrogatorio, que me enteré de la acusación formulada contra la joven: sospechosa de haber participado en las actividades de Troi.

Muy avanzada la noche, comparecimos ante el comisario principal.

—¿Conoce usted las actividades de su marido? —me preguntó.

—No.

—¿Qué tiempo hace que se casaron?

—Diecinueve días.

—¿Sabe usted que para un matrimonio joven, como usted y Troi, estos días son los más felices de la vida?

—Lo sé.

—Pues bien, si usted me dice la verdad, toda la verdad, sin omitir nada, estos maravillosos días no desaparecerán.

Hizo una pausa, bostezó prolongadamente y se echó para atrás en el sillón. La piel grisácea de su enclenque cara denunciaba al fumador de opio.

Prosiguió:

—¿Sabe usted a quién visita él con más frecuencia?

—Él va a su trabajo todos los días, por la mañana y por la tarde, a veces por la noche también. Sale muy poco. Va raramente a la ciudad. Ignoro si suele visitar a alguien.

—¿Hay alguna persona que lo visite a él con frecuencia?

—Algunas veces un compañero de él va a nuestra casa a tocar la mandolina o para ayudarlo a reparar algún motor. Hace poco que nos hemos casado, no conozco todavía sus amistades.

—Trate de recordar; diga la verdad; reflexione concienzudamente; no oculte nada, y le prometo que será puesto en libertad. Vi a su marido, ahora la veo a usted. Debo decirle, sin ánimo de halagarlos, que los dos forman una hermosa pareja. Este problema me conmueve profundamente...

Con gesto negligente puso sobre el buró nuestra fotografía de la boda. Recordé mi vestido largo de tela de algodón con florecitas azules, el ramo de gladiolos y mi apuesto marido a mi lado. El comisario continuó, meloso, confidencial, aparentando estar muy emocionado:

—Al ver una pareja tan hermosa, pletórica de dicha y juventud, ¿qué corazón no se desgarraría a la sola idea de verlos separados para siempre? Hace muchos años que realizo esta labor y, créame, he salvado la felicidad de innumerables familias. Tenga confianza en mí. Le prometo que estarán nuevamente reunidos si usted nos ayuda a encontrar a los que formaban el comando, a los que mantenían el enlace y a los que ocultaban los explosivos.

—Nunca me he ocupado de los asuntos personales de mi esposo. Bastantes preocupaciones tengo con mi trabajo en el taller y los quehaceres de la casa. Si lo duda, pregunte en la fábrica de miraguano donde trabajo hace años y se convencerá. Frecuentemente tengo que trabajar los domingos, y a veces entre semana trabajo hasta doce horas consecutivas.

Incansablemente, el esbirro interrogaba a la estudiante y a mí, con la esperanza de averiguar los lugares que frecuentaba Troi. Más de la mitad de la noche había pasado cuando nos llevó a ver la sala de torturas, obligándonos a detenernos ante cada instrumento: sogas para atar; otras para suspender por medio de poleas; sacos de lona para transportar

los cadáveres; paquetes de detergentes para el suplicio del agua; la bañadera para la inmersión y toda clase de alfileres y clavos para introducirlos bajo las uñas. Terminada la visita, nos amenazó:

—Ya ustedes saben; si me responden boberías probarán las caricias de esos instrumentos.

Después de ese intermedio, nos condujo nuevamente a su despacho para reanudar el interrogatorio. Me consumía de ira e impaciencia. Cuando atravesábamos los corredores, miraba a derecha e izquierda con la esperanza de encontrar algún vestigio de Troi. No pudiendo controlar más mi inquietud, le pregunté:

—Me trajeron aquí para que viera a mi marido inmediatamente. ¿Dónde está él?

—Lo trasladaron aquí al mediodía para interrogarlo —respondió el esbirro—. Teníamos la intención de explicarle nuestra política de conciliación, con el propósito de persuadirlo de que se arrepintiera de sus errores; de pasarse a las filas del gobierno y renegar del Vietcong. Aceptando todo esto, nada podía impedir que ustedes se reunieran nuevamente. Pero no nos dio tiempo a preguntarle nada. Apenas entró se tiró por la ventana, fracturándose una pierna. Lo llevaron al Hospital Choray, donde se encuentra en estos momentos.

Me puse a llorar y grité indignada:

—¡Ustedes lo han golpeado!... Le han fracturado la pierna y quién sabe qué otra cosa... y ahora quieren hacer ver que se arrojó por la ventana... Ustedes no son más que...

No me dejó terminar.

—Un momento, un momento, no se desboque. He dicho exactamente lo que sucedió. Tarde o temprano se enterará. No estoy inventando ninguna historia.

—Si es cierto que mi marido está en el hospital, déjeme ir a verlo.

—Bien, yo arreglaré eso. Irá tan pronto como sea posible.

Fue entonces que comprendí que me habían mentido para sacarme de casa fácilmente. Estaba detenida y sin posibilidad de poder salir a buscar aunque fuera un mosquitero y una manta.

Todos los días interrogaban y torturaban a toda persona que fuera sospechosa de haber participado, directa o indirectamente, en el frustrado atentado contra McNamara, y me obligaban a asistir a todas las sesiones.

Al que torturaban con más crueldad era a Loi, un joven que también había sido capturado en el lugar de los hechos junto con Troi. El mismo día en que fueron capturados, los dos trataron de escaparse: Troi saltando por la ventana, al mediodía, y Loi, por la noche, rompió las esposas e intentó huir, pero también fracasó. Fue en esa sesión de interrogatorio que lo vi por primera vez. Era muy joven: unos dieciocho años; procedía de la misma aldea que Troi. En la cárcel, los compañeros detenidos no lo miraban con buenos ojos. Una cabellera rizada y demasiado abundante, con mechones que le caían en los ojos y el cuello, le daban el aspecto de estar muy a la moda. Pero en realidad, eso no era más que en apariencia. Como su oficio era el de peluquero y trabajaba para un patrón, éste le exigía un peinado sofisticado para atraer la clientela. Cuando los presos se enteraron de que él había participado en el atentado a McNamara, la antipatía y la desconfianza se convirtieron en admiración y afecto. Los energúmenos lo golpeaban salvajemente, y siempre con un palo. Obligada a asistir a los interrogatorios, como antes dije, me anegaba en llanto al ver las atrocidades que cometían con el pobre Loi y al pensar que a mi marido le estarían haciendo cosas aún peores. Los golpes llovían sobre todo el cuerpo de Loi, pero no le sacaban ni una sola palabra. A veces aquellas bestias se enfurecían a tal punto, ante la imposibilidad de obtener una confesión, que la violencia de los golpes hacía que Loi perdiera el conocimiento; entonces lo

tiraban en un rincón hasta que volviera en sí. Un día, durante la repartición del rancho, pudo hablarme unos minutos:

—Troi se ha echado toda la culpa. Ha declarado que fue él quien lo organizó todo, que él es el único responsable. Con ninguna tortura le han hecho dar un paso atrás. ¡Qué valiente es!... Yo lo vi cuando saltó por la ventana. Estábamos juntos y me di cuenta de que preparaba algo: primero miró a los esbirros, acto seguido lanzó una mirada furtiva hacia la ventana. Repitió la operación y, rápido como el rayo, con las manos esposadas y todo, saltó. Si no hubiera sido porque cayó sobre un auto en marcha, es posible que se hubiera escapado.

Después de Loi, el que más golpes recibía era Hua, un jovencito que aún no tenía diecisiete años: era sobrino de Troi. Los dos trabajaban en los talleres de Ngoc-Doanh en la carretera de Phat Diem; reparaban motores y toda clase de aparatos eléctricos. Como trabajaban juntos y vivían en la misma casa, los policías llegaron a la conclusión de que el sobrino debía estar más o menos al corriente de las actividades del tío, y que cabía la posibilidad de que también lo hubiera ayudado en alguna forma. No sé la cantidad de golpes que recibiría antes de que yo lo viera, pero puedo decir que delante de mí lo anonadaban entre golpes e interrogatorios, y él respondía invariablemente:

—Sé que mi tío Troi arregla los aparatos que el patrón le confía, pero ignoro totalmente si se dedica a alguna otra actividad.

Al cabo de tres interminables días, el comisario decidió llevarme a ver a mi esposo. Ya en el auto, con gesto teatral señaló la calle y me dijo:

—Su marido no es razonable. Vea esos apacibles transeúntes que se dirigen, los unos a sus ocupaciones cotidianas, los otros a comprar chucherías o simplemente a dar un paseo. Todos disfrutan de una vida tranquila y venturosa, mientras que a Troi no se le ocurrió nada mejor que escuchar a los malditos Vietcong, y ahora él, preso por un lado, y su mujer por otro.

Continuó hablando, pero entre el ruido del motor y la ansiedad que me embargaba, apenas oía lo que decía. A la entrada del hospital compré rápidamente algunas frutas.

Tenían a Troi en una sala junto con otros siete detenidos. Una reja de hierro revestida con un cristal semiopaco separaba a los visitantes de los que se encontraban dentro. Permanecía cerrada constantemente con doble cerrojo y vigilada por un grupo de policías que montaban la guardia en un lugar contiguo.

La abrieron para que yo entrara. Al verme atravesar el umbral, Troi trató de levantarse, pero sus fuerzas lo traicionaron. Se dejó caer hacia atrás y apoyándose en los codos me preguntó enseguida:

—¿Soltaron ya a los que habían detenido? Dime: ¿los soltaron ya?

Me senté a su lado, y aunque sabía que todos estaban presos todavía, le mentí deliberadamente para tranquilizarlo:

—Los han soltado a todos, no te inquietes más por eso; ahora sólo faltas tú.

Su torso desnudo estaba enteramente cubierto de magulladuras. Vestía un pantalón corto. La pierna derecha estaba enyesada desde la cadera hasta el pie. Había adelgazado muchísimo. Las mejillas y los ojos hundidos. La cara desfigurada por los golpes. Al verlo en ese estado, mi resolución de mantenerme firme se desplomó. Sollozando le pregunté:

—¿Te sientes muy mal? Dime...

Movió la cabeza:

—No mucho, duermo algo. ¿Te han golpeado?

—No.

—¿No me mientes?

—Te aseguro que no... pero, me han interrogado mucho...

Me apretó la mano y fijó en mí una mirada intensa llena de amor y comprensión. La emoción me ahogaba. De nuevo balbuceé:

—Perdóname, amor mío... aquel sábado cuando saliste me expresé duramente... estaba enfadada... Perdóname...

Una tierna sonrisa se dibujó en su rostro:

—No, cariño, no tengo nada que perdonarte... Todo fue por culpa mía. Te amo, te amo con toda el alma...

—Bueno, —interrumpió un comisario—, ya tendrán tiempo de arreglar esos problemitas cuando lleguen a la casa. Estoy aquí justamente para explicarles lo que tienen que hacer si quieren regresar pronto al nidito de amor.

Y dirigiéndose a Troi, continuó:

—¿Por qué diablos se arrojó usted por la ventana, si lo habíamos trasladado allá solamente para exponerle nuestra política de conciliación; la política de clemencia de nuestro gobierno con aquellos que incautamente se han dejado seducir por el Vietcong? Aceptando esta política, podrían

seguir viviendo felizmente, pero usted no nos dio tiempo ni a comenzar...

—No me venga con su política de conciliación. Está perdiendo el tiempo miserablemente.

El esbirro continuó con su tono empalagoso:

—Yo sé que en este asunto usted no es el verdadero culpable. El verdadero culpable es otro, estoy seguro de ello.

—En este asunto no hay culpables —afirmó Troi—. Suprimir a los invasores yanquis es una hazaña patriótica, no es un crimen. Además, todo fue proyectado y realizado por mí mismo.

El comisario, sin inmutarse, trató de impresionarlo en otra forma:

—Reflexione detenidamente. ¿Sabe usted que ese crimen es de extrema gravedad? ¿Sabe usted lo que significa atentar contra la vida de uno de los más altos dirigentes de los Estados Unidos?

—Lo sé bien —asintió Troi—, y es justamente por ello que me sentía contento cuando traté de eliminar a uno de los cabecillas del imperialismo yanqui; aun pagándolo con mi vida.

Los esbirros que nos rodeaban lanzaron miradas furibundas. De buena gana se hubieran arrojado sobre Troi para despedazarlo, pero como el jefe guardaba una calma aparente, tenían que contenerse.

—Usted debería pensar un poco en su esposa... ¡es tan joven y tan bonita! Cuando uno quiere de verdad, no se casa por unos días, destruyendo la vida a la mujer.

—Mire —dijo Troi con indignación—, hace cinco días que me encuentro entre ustedes, y no han cesado ni un momento de hablarme de mi reciente boda, con la ilusa idea de entermecerme, de doblegarme. Me han enseñado la fotografía del casamiento; me han hablado de la felicidad y no sé de cuántas cosas más, y todo eso con la esperanza de que abandone a mi patria por mi mujer. Les repito que están perdiendo el tiempo. Mientras los yanquis estén aquí, no habrá felicidad para nadie.

El jefe simulaba no darle importancia a la actitud de Troi, que despreciaba visiblemente sus intentos de soborno. Así que proseguía con tono paternal:

—Ayer, sabiendo que seguramente usted se aburriría aquí en el hospital, ordené que trajeran una cinta magnetofónica para que oyera las declaraciones de un estudiante que había atravesado la línea de demarcación para unirse a nosotros. Ahí explicaba lo que realmente es el Norte. Puedo decirle

que no todos han tenido la suerte de encontrar o escuchar de boca de una persona que haya vivido detrás de la cortina de hierro, un relato claro y sincero de todo lo que ha visto, oído y vivido. Sin embargo, usted no sólo ignoró la gentileza de nuestro gesto sino que llegó inclusive a romper la grabadora. Me parece que está exagerando demasiado. Sinceramente creo que nos resultará difícil aplicarle una política humanitaria.

—Rompí la grabadora y la volvería a romper, y si ese hijo de perra se me pusiera delante, le partiría la cabeza. No sólo mintió descaradamente al hablar del Norte sino que tuvo la osadía de expresarse groseramente al mencionar al presidente Ho, de faltarle el respeto al presidente Ho.

A medida que hablaba, su voz iba elevándose y su rostro se volvía lívido de ira.

El jefe de los esbirros, con aparente calma, le dijo:

—Volveré a hablar con usted en otra ocasión:

Y dirigiéndose a mí:

—Ya es hora de partir.

Sólo tuve tiempo de pelar a medias una naranja. Al entregársela a Troi, me incliné y le murmuré:

—Adonde quiera que te lleven te seguiré. Me ocuparé de ti. No dejes de avisarme cada vez que te cambien de prisión.

Me transfirieron a la prisión central... Al cabo de dos días no había entablado conversación con las detenidas que se encontraban en mi misma celda, unas quince. Noté que desconfiaban. Entre ellas, dos tenían mi misma edad: “A”, una estudiante arrestada cuando colocaba un cartel antiyanqui, y la compañera “Y”, empleada de una casa de comercio. Esta última había recibido terrible maltrato y humillaciones porque le encontraron en su trabajo varios documentos y una bandera del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur. Aquella mañana, esa misma compañera, al regresar de la sala de torturas, se acercaba a nuestra celda arrastrando los pies y apoyándose en el muro. Sangraba por todos los dedos: aquellos salvajes le habían introducido agujas debajo de las uñas. Cuando franqueó la reja, se desplomó en los brazos de las compañeras que acudían solícitas a prestarle ayuda y prorrumpió en sollozos.

—Déjenme llorar un poco —dijo con trémula voz—. Aquí estamos entre hermanas y puedo desahogarme, pero esas fieras jamás verán brotar una lágrima de mis ojos. Mi entereza ante ellos expresa el profundo desdén que nos inspiran.

Los primeros días, las compañeras se mantuvieron, digamos, más bien distantes de mí: me daba cuenta de que me lanzaban miradas escrutadoras. Todas las tardes, después del rancho, llegaban hasta nuestra celda las notas de una canción. Alguien cantaba, las demás le hacían coro en voz baja. La compañera “Y” también coreaba. Al verla llena de heridas por todas partes, me preguntaba: ¿Cómo es posible que tenga ánimo para cantar? Se recostaba de la reja, y cantando fervorosamente marcaba el compás con sus manos heridas invitándonos a seguirla. Notando que yo permanecía silenciosa y que furtivas lágrimas bañaban mis mejillas, hizo una pausa y me dijo:

—Vea cómo todo el mundo canta alegremente, y usted lloriqueando en un rincón. Vamos, vamos, a cantar, que el cantar alegra el alma.

Mis compañeras habían organizado una guardia de vigilancia: al menor signo de algunos de los guardianes, se daba la voz de alarma y se cambiaba el canto por una conversación que nosotras hacíamos parecer animadísima. La canción que cantábamos aquel día era de un compositor del Norte, titulada: “La canción de la esperanza”.

Ante el extraordinario optimismo que reinaba en nuestra sombría prisión, me di cuenta de que mi actitud era totalmente negativa. Sobre todo cuando veía a la compañera “Y” tarareando la canción para aprendérsela bien. Ella

confiaba en la vida, y yo tenía confianza en ella. De manera que cuando se acercó a mí para conocer la causa de mi detención, no le oculté nada. Comencé a contarle mi triste historia. Al oír el nombre de Troi, abrió los ojos desmesuradamente y con verdadero asombro exclamó:

—¿Nguyen Van Troi? ¿El obrero electricista que intentó liquidar al yanqui McNamara?... ¿Y tú eres la esposa de Troi?

—Sí.

—¿Fue él quien se fracturó una pierna cuando se tiró por la ventana? ¿Es verdad eso?

—Sí, es cierto, yo lo visité en el hospital.

—¡Formidable! —exclamó, y con mirada afectuosa y gesto fraternal posó sus inflamadas manos sobre mis hombros.

—Ese Mc Namara ya se nos escapó una vez el año pasado cuando vino a inspeccionar las regiones occidentales. Su avión de escolta fue atacado, seguro que le ha dejado el corazón en mal estado. Un compañero que acaba de llegar nos contó que a pesar de que los yanquis y lacayos habían desenterrado la mina y peinado a fondo todos los alrededores del puente Congly, McNamara no se atrevió a pasar por allí. Tuvieron que llevarle un helicóptero del aeropuerto de Tan Son Nhat para que lo trasladara hasta el mismo

patio del Hospital de la República y de allí lo llevaron a la embajada dando un rodeo. ¿Te das cuenta? Uno de los hijos predilectos del coloso yanqui obligado a escabullirse como un ratón... ¡Qué bien se la hizo Troi!

La noticia se difundió rápidamente por todas las celdas: la esposa de Nguyen Van Troi se encuentra en la número cuatro. Desde una celda distante de la nuestra, alguien me preguntó:

—¿Es usted la esposa de Troi? ¿La nueva detenida que lleva una chaqueta azul?

—Yo misma soy —le respondí.

—¿Cómo te sientes, hija mía? ¿Te han golpeado?

Era la voz de una anciana.

—No, aún no. Me han interrogado mucho, y también me han amenazado.

—Desde hace días hablamos de Troi continuamente —añadió la anciana—. Varios compañeros que fueron arrestados recientemente, y hasta algunos policías, no hacen más que elogiar la extraordinaria moral de Troi, quien a pesar de una especial vigilancia logró poner la mina. Faltó poco para que liquidaran al yanqui.

—¿Y qué edad tienes, mi hija?

—Tengo 20 años, abuelita.

—¿Necesitas algo? —inquirió.

Me quedé confusa, no sabía qué responder. Una compañera contestó por mí:

—Llegó aquí con las manos vacías, abuelita. Ellos arrestan a las gentes sin darles tiempo a recoger nada.

Al mediodía, apenas abrieron las rejas para que fuéramos a comer el rancho, de todas partes me llegaban discretamente frazadas, mosquiteros, cepillos y pasta de dientes, frutas, etcétera. A veces se disputaban por acompañarme al comedor y hasta me obligaban a aceptar parte de su escasa ración. Me mimaban como si se tratara de una sobrina única que ha hecho un largo viaje para visitar a las tías. Una de mis vecinas de mesa, la compañera “X”, me dijo en voz baja:

—Si te hace falta algo, si tienes algún problema, dínoslo. Haremos lo que haya que hacer para ayudarte, protegerte y mantenerte en buena salud; de manera que Troi no tenga por qué inquietarse. Y con visible orgullo añadió:

—Lo vi, hace poco.

—¿Dónde? —le interrogué impaciente— ¿Cómo está él?

Sin dejar de comer prosiguió:

—Después que se fracturó la pierna lo llevaron a la sala de torturas y ya de noche lo trasladaron al pabellón de los detenidos del Hospital Cho Quan. En aquel momento no lo conocíamos. Vimos llegar a un herido en camilla. Lo acostaron en una cama que quedaba frente a la sala de las mujeres. Lucía muy joven, calculamos que tendría unos veinte años. Indagamos con los guardias acerca de su identidad. Uno de ellos nos dijo: “Es el tipo que trató de asesinar a McNamara”. Aún no había terminado de decirlo, cuando todas corrimos para ir a cuidarlo, pero a fuerza de empujones y puñetazos nos impidieron llegar hasta él. Discutimos con ellos acaloradamente, y al fin consintieron que una de nosotras fuera a cuidarlo. La compañera que designamos se acercó a él y le habló, pero Troi permanecía inconsciente. Parecía que dormía profundamente. Cuando llegó el jefe de los custodios, ordenó que lo encerraran en una celda, y como a las nueve de esa misma noche llegó un grupo de esbirros fuertemente armados y se lo llevaron. Tratando de averiguar la causa del traslado y el lugar al que lo conducirían, interrogamos a un guardián. Éste, moviendo la cabeza, nos dijo:

—Ese Vietcong es terrible. Al mediodía, trató de fugarse arrojándose por una ventana, se partió una pierna y lo tra-

ieron aquí. Se pensó que se mantendría tranquilo en un rincón, pero cuál no sería nuestra sorpresa cuando al poco rato lo sorprendimos en la celda quitándose los vendajes para escaparse otra vez. Ya ustedes ven, es un tipo peligroso. Hay que meterlo en un lugar donde esté seguro, pues si se escapara de aquí, todos nosotros, desde el más chico hasta el más grande, iríamos a parar al calabozo.

Dos días después, algunos de los esbirros que escoltaron a Troi volvieron al hospital; por ellos nos enteramos de muchas cosas. Los torturadores habían vuelto a medianoche para inspeccionar la celda. Se asombraron al constatar que Troi había tratado de evadirse por segunda vez el mismo día, a pesar de tener una pierna fracturada, las manos esposadas y todo el cuerpo lleno de heridas. En ningún momento abandonaba su actitud digna y retadora. Sus respuestas eran tajantes. Las insolencias, tan comunes en el lenguaje de los esbirros, recibían la enérgica réplica de una persona educada. Empezaron por acusarlo de ser un títere manipulado por los comunistas; de éstos hablaron hasta por los codos, y terminaron poniéndole la etiqueta de saboteador y anarquista a sueldo de los comunistas. Sobre esto Troi alegaba que nunca había oído decir que un comunista le hiciera daño a alguien; al contrario, el espíritu de sacrificio por el bienestar común ha sido siempre característico en ellos, mientras que él sí sabía, desde que tiene uso de razón, que los invasores yanquis no han cesado de perturbar el plácido cielo de Vietnam con sus aviones cargados de mortíferas

bombas. Seguidamente, en tono burlón concluyó: “Si ustedes se empeñan en llamarme comunista, debo decirles que les doy a todos mis más expresivas gracias, porque es el elogio más hermoso que puedan prodigarme. El comunista desea el bien del pueblo y actúa consecuentemente. Pero lo que es realmente bochornoso y despreciable es servir de lacayo a los imperialistas yanquis”.

Esa noche, los verdugos le recomendaron a los guardias que no lo perdieran de vista: temían una tercera tentativa de evasión. Troi aprovechó que éstos se encontraban de su lado para darles una buena charla acerca de la situación. El que nos contaba esto parece que sentía admiración por su prisionero, pues nos dijo que Troi le había hablado en una forma muy cortés, y no con la dureza y la voluntad implacable de devolver golpe por golpe cuando trataba con los jefes, y terminó diciéndonos, sin ocultar su orgullo, que le había llevado agua y lo había ayudado a levantarse.

Se abrieron las rejas: era el turno de las mujeres para el “baño de sol”. Para las jóvenes detenidas como yo, este turno o el de trabajo de limpieza, eran ocasiones que aprovechábamos para escuchar a “X” y otras prisioneras mayores que nosotras. Ellas invocaban algunos episodios de la lucha en el interior de las cárceles. “X” había estado en numerosas prisiones. Hacía años que salía de una celda para entrar a otra. Su marido había sido condenado a muerte, y probablemente ejecutado. Ella trataba constantemente de mantener en alto

la moral de las compañeras. Siempre encontraba algún motivo para alegrar el ambiente. Aquel día nos declamó en voz baja el poema “Camarada Dong”, más conocido en nuestra prisión por el título de “La altivez de comunista”. Nos relató las actividades de Dong y su muerte heroica en la cárcel de Gia Dinh. Elogió a la mujer de ese patriota, quien con varios hijos pequeños, entre ellos una de brazos, luchó junto con su marido en la misma prisión para preservar las bases del movimiento, exponiendo así su vida más de una vez. Yo me apasionaba escuchando las anécdotas cuyos personajes eran esposas abnegadas que habían permanecido al lado del marido tanto en los momentos buenos como en las más peligrosas situaciones. Pero cada vez que oía una nueva anécdota me avergonzaba más: mi marido militaba activamente sin que su mujer cooperara en lo más mínimo, y hasta llegó a ocasionarle preocupaciones. ¡Cuánto ha debido sufrir cuando, al regresar tarde, pasaba primero por casa de mis padres para que mi hermanito lo acompañara, con el objeto de evitar que surgiera en mí una sospecha estúpida provocada por los celos! Como si miles de garfios desgarraran mis entrañas, así era la angustia que sentía al pensar que desde el día de nuestra boda, tuvo él que compartir sus esfuerzos entre el cumplimiento de su peligrosa misión y las atenciones hacia mí. Se me aguaron los ojos. “X” lo notó y me amonestó:

—Para escuchar estos relatos hay que tener valor. Si nos ponemos a llorar se darán cuenta de que estamos hablando de ciertas cosas, y nos meterán en las celdas.

—Los otros actúan juntos —dije yo con la voz entrecortada—, el marido y la mujer codo con codo, mientras que yo no lo ayudé en nada... sólo le causé preocupaciones... ¡Cómo me duele no haber merecido su confianza!

—Escucha: en la clandestinidad cada cual tiene su trabajo. De las actividades no se habla absolutamente con nadie, salvo, naturalmente, que ello sea necesario. Ese es un principio inalterable que todos los militantes tienen que acatar. Si Troi no hubiera tenido confianza en ti, ¿te habría amado? ¿Se hubiera casado contigo? ¿De qué te habla él habitualmente?

—Me reprendía a menudo.

—¿En qué consistían esas reprensiones?

Medité un momento antes de responder.

—Bueno, si, por ejemplo, en mi trato con los vecinos yo cometía alguna falta, me regañaba. Si me ponía un vestido ligeramente escandaloso, me llamaba la atención diciéndome: “No olvides que somos obreros; no imitemos las excentricidades de los ricos”. Yo no uso más de dos colores para mis vestidos: azul marino y blanco, sus colores preferidos. Cuando le pedía que me llevara al cine, me decía: “Cuando Saigón sea tan sano como Hanói, iremos a todos los cines que tú quieras”. Su criterio a ese respecto

era tan firme que en dos años de noviazgo me llevó una sola vez.

—Ahora tú sabes cómo odió Troi a los yanquis. ¿Te habló de eso alguna vez?

—¿Que si me habló? ¡Miles de veces! Me contaba cómo su aldea fue la primera en sufrir las “denuncias a los comunistas” organizadas por los yanqui-duenutas en 1954. El vio, durante el episodio de Cho Duoc, Vin Trinh, a hileras de hombres amarrados a un largo cable de acero y conducidos no se supo nunca a dónde, pues ninguno regresó. Su hermana le decía: “Aún eres un niño, pero si fueras mayor, te sería difícil mantenerte vivo, con las cosas que están pasando”. Yo recuerdo que a principios de nuestro noviazgo fue de visita a su aldea, pasando después por Hue. Cuando regresó a Saigón, aún temblaba de ira. Me explicó que había visto varios cuerpos que yacían destrozados debajo de los tanques, y otros decapitados o terriblemente mutilados por los obuses disparados contra el pueblo durante una manifestación. Me ha asegurado que los yanquis son más salvajes que los colonos franceses. Más tarde, evocando la escena, exclamaba: “¡Qué salvajes son: utilizan cañones contra un mitin! Estoy seguro de que eso no se ha visto más que en Vietnam del Sur”. Sí, desde hace tiempo sé que él detesta a los yanquis, y que además no los llama por ese nombre. Cuando alguna vez nos topábamos con un convoy norteamericano, me retenía por el brazo y me decía: “Deja que pasen esos hijos de perra”.

Sin embargo, jamás me insinuó que él perteneciera a alguna organización clandestina. Fue recientemente, por algunas de sus expresiones y ausencias cotidianas, que sentí una fugaz sospecha en cuanto a la posibilidad de que él estuviera participando en algún movimiento antiyanqui. Por ejemplo: unos días después de nuestra boda, regresó del trabajo muy eufórico: “¿Te has enterado de la sensacional noticia?”, me preguntó enseguida. Ante mi actitud interrogativa, continuó: “Acabamos de hundir un portaaviones yanqui de quince mil toneladas, con cantidad de aparatos encima... ¡Ha sido un golpe formidable! ¿Cuándo podré yo realizar una hazaña semejante?”. Unos días más tarde, el 6 de mayo, no fue a almorzar a casa, pues asistió con otros compañeros del taller al entierro de un chofer de taxi que había sido asesinado por unos yanquis. Cuando regresó, me contó cómo habían logrado convertir el entierro en una manifestación antiyanqui al lanzar la consigna de: “Abajo los invasores asesinos yanquis”. Me dijo que se estaba organizando “la semana antiyanqui” que duraría del 15 al 22 de mayo, y que durante esos días los choferes de taxi rehusarían alquilarles a los estadounidenses, y que ese movimiento estaría reforzado con la participación de numerosas corporaciones, incluyendo a los limpiabotas y a los vendedores de periódicos. Fue justamente en los días febriles que precedieron a esa semana que arrestaron a Troi, el 9 de mayo por la noche.

La compañera “X” no perdía una palabra de mi relato. Movió la cabeza y me dijo:

—La verdad es que tú eres bastante cándida. Troi te insinuaba algunas cosas y tú no te dabas cuenta; te inducía inteligentemente a que lo siguieras en sus actividades revolucionarias, y tú no comprendías nada. En una ciudad como Saigón que está ocupada por el enemigo, es muy fácil caer en manos de los chivatos si uno no es querido y protegido por el pueblo; de ahí que él se preocupara en cuanto a tus amistades en el vecindario. Todas las reflexiones que te ha hecho van encaminadas a hacer de ti una joven apta, y lo bastante perspicaz para distinguir rápidamente el grano bueno del que está picado. Todo lo que te ha contado lo ha hecho para que sepas quiénes son los verdaderos responsables de tanto sufrimiento en Vietnam del Sur y para mantener en ti un odio impecable contra ellos, de manera que más tarde puedas participar en el movimiento revolucionario, conscientemente y de todo corazón. A medida que oía tu relato, aumentaba en mí la admiración por Troi. Un muchacho que tiene poco más de veinte años; que ha vivido en el corazón de esta metrópoli, donde la seducción y el vicio hacen estragos en la juventud, y sin embargo ha ido al cine una sola vez en dos años, y si lo hizo, seguro que fue para complacer a la novia, ¿no es cierto?

Sonreí un poco turbada, “X” había adivinado.

—Fuimos a ver una película que trataba sobre Buda. La verdad es que yo no comprendí nada, y cuando le pregunté a Troi, me dijo que no había entendido ni jota.

Mis compañeras se echaron a reír. Algunas tuvieron que taparse la boca para no soltar la carcajada.

—¿Te ha hablado alguna vez de su vida? —preguntó “X”.

Antes de responder, propuse que nos cambiáramos de lugar para aprovechar los rayos de sol que aún daban sobre un ángulo del patio. Viéndolas tan interesadas en oírme hablar de Troi, proseguí:

—No he tenido aún la oportunidad de visitar su pueblo natal. Antes de casarnos me prometió que después de la boda tomaríamos unos días de vacaciones para ir a visitar su aldea de Thanh Quyt en Quang Nam. Por él he sabido que su aldea es muy pobre, hay poca tierra y los aldeanos emigran para tratar de mejorar algo su precaria situación. Lo único que abunda allí es el agua. No es como en Saigón, donde las gentes se fajan por un cubo. Él me ha descrito con lujo de detalles el río Thu Bon, que corre a unos cien metros de su casa. Su agua extraordinariamente transparente y sus orillas arenosas cubiertas por la deliciosa sombra que proyectan los bambúes, hacen de él un paisaje inolvidable. Al ver a los grupos de personas que van de vacaciones a Vung-Tau², siempre me ha dicho para consolarme: “Cuando vayamos a mi aldea, vas a ver lo que es bañarse en un río que no tiene nada que envidiarle a las playas del océano”.

²Vung-Tau o Cabo San Jaime.

La historia de su vida es conmovedora. Cuando tenía tres años, su madre tuvo que esconderse con él en la selva, huyéndole a una “operación de limpieza” que realizaban los colonialistas franceses. Pero como no estaba acostumbrada a ese clima, y además carecían de víveres, se enfermó y murió unos dos meses después. Su padre conoció las cárceles francesas. Más tarde se vio obligado a ir a trabajar lejos de allí, visitando la aldea muy pocas veces durante largos años de ausencia. Troi fue criado por su tío y por su hermano mayor. En una ocasión, cuando éramos novios, me enfadé con él, y recuerdo que me dijo con infinita tristeza: “Perdí a mi madre siendo niño; y a mi padre lo veo sólo unos días cada tres o cuatro años. Tengo sed de cariño familiar. Ahora que tengo una novia cuyo amor colmará las ansias de mi vida, si se peleara conmigo, ¿en qué se convertiría mi corazón? Tu familia viene del Norte; yo tuve que abandonar Quang Nam para venir aquí a buscar trabajo; nuestra situación es parecida. ¿No crees tú que con nuestro amor podamos formar un hogar feliz?”.

Cuando tenía quince años, fue a Danang a visitar a uno de sus hermanos, con la idea de encontrar algo que hacer por allá para poder vivir. Pero el tiempo pasaba sin que hallara la más mínima ocasión de ganarse unos centavos. Mientras tanto, vivía con su hermano que bondadosamente compartía su miseria con él. Así que decidió venir a Saigón para buscar trabajo. Escribió una carta de despedida y se la dio a un compañero para que se la entregara a su hermano, pen-

sando que la recibiría por la noche, cuando ya él estuviera lejos. Se fue al embarcadero. Parece que la carta llegó a su destino mucho antes de la hora que él había previsto. Encontrándose de pie sobre el puente de la embarcación, vio a su hermano que llegaba a toda carrera. Temiendo que lo descubriera, bajó rápidamente y se ocultó en un rincón en el interior del barco. Su hermano, empujando la bicicleta, corría de un extremo al otro. Al mismo tiempo escudriñaba el barco y gritaba: “¡Troi, escucha, mi hermano! ¡No te vayas, quédate con nosotros!... ¡Vas a dejar el pellejo por ahí...!” Troi, que oía la desesperación sincera de su hermano, empezó a llorar como un chiquillo. Sentía cariño y profunda gratitud, pero quedarse significaría aumentar aún más la miseria en que vivían su hermano, su mujer y sus numerosos hijos. Ya el barco se alejaba, y seguía oyendo la voz que implorando repetía: “¡Troi, quédate! ¡Comeremos lo que haya! ¡Estamos entre hermanos!” Cuando me contó esa escena, sus ojos se llenaron lágrimas. Llegó a Saigón, donde había pensado encontrar a su padre, pero fueron en vano sus pesquisas. Como no tenía ningún oficio, empezó a pedalear un *cyclo-pousse*³ para poder comer. Su desconocimiento de la ciudad, lo hacía extraviarse frecuentemente, por lo que tenía que trabajar más y perder tiempo. A veces lo alquilaban clientes quisquillosos que al preguntarles dónde se encontraba la dirección que habían dado, se bajaban del vehículo y, claro está, perdía la “carrera”. Durante ese período pasó mucha hambre. Un buen día empezó a

³Bicicleta con un remolque para conducir pasajeros.

reflexionar, y se dijo: “Soy joven, lleno de vida y dispuesto a trabajar... ¡Cómo no voy a poder ganar lo suficiente para mantenerme!”. Él veía a infinidad de gente rica a la que le sobraba todo. Entre ellas, los dueños de los *cyclo-pousse*, que además de explotarlos inhumanamente se permitían injuriarlos por la menor cosa. Bastante tiempo después, un tío político suyo le consiguió un empleo de aprendiz-electricista. Como la remuneración era extremadamente restringida, cambió dos veces de taller. La empresa Ngoc Doanh fue el tercero; allí trabajaba cuando lo arrestaron.

El “baño de sol” había terminado. Los guardianes nos hicieron entrar en nuestras respectivas celdas. Desde entonces, siempre que nos encontrábamos reunidas, buscaban un pretexto para que les hablara de Troi. Como no quería acapararlas demasiado, “X” me dijo un día:

—Para nosotras las detenidas, que constantemente recibimos vejaciones y torturas, el ejemplo de la lucha y la historia de la vida abnegada de compañeros y compañeras es la fuente de la cual extraemos la fuerza que nos permite afrontar las más rudas pruebas y mantener en estado de ebullición el odio hacia el enemigo. Quiero saber más de la vida de Troi. Conocer a fondo sus acciones heroicas. Puesto que aquí tenemos ya un poema sobre el compañero Dong, tendremos también otro sobre el compañero Troi.

Nueva comparecencia ante los esbirros

—¿Desea usted ver a su marido? —me preguntaron.

—¡Cómo no voy a desearlo! —exclamé— ¡Quisiera verlo a todas horas!

Me plantearon las condiciones: “Recomendarle que se confesara culpable”. No respondí ni sí ni no. Recordé que la compañera “X” me había dicho reiteradas veces que los esbirros se sirven de la ternura de la esposa para hacer flaquear al marido. Me llevaron a verlo inmediatamente, pero ni siquiera me permitieron que le comprara algunos dulces.

Esperaba encontrarlo algo restablecido. Fue una esperanza vana: estaba extremadamente pálido y delgado; los cabellos le cubrían las orejas; tenía todo el cuerpo enfangado. Con sus manos enflaquecidas, cuyas venas sobresalían tanto que parecía que iban a estallar, me tiró hacia él dulcemente y me sentó a su lado.

—Estoy bien, estoy bien —dijo enseguida para tranquilizarme.

Con gesto acariciador le pasé la mano por la frente para retirarle un mechón de pelos que le caía sobre los ojos, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Te has sentido mejor que la última vez que nos vimos?

Antes de responderme Troi, el esbirro me haló por un brazo. Troi trató de oponerse, pero el energúmeno me dio un empujón y me separó de él.

—Si no reconoces tu crimen —vociferó— te llevaremos a la Prefectura para que pruebes nuevos métodos de tortura... si es que todavía te quedan fuerzas para soportarlas.

—No he cometido ningún crimen —replicó Troi—. Reconozco, desde luego, haber intentado suprimir a McNamara, pero la tarea aún no ha sido consumada.

—Si te obstinas en no reconocer tu culpabilidad —añadió el policía—, tomaremos medidas draconianas. Y no nos vengan después con que somos gente mala. Empiezo por decirte que tu mujer permanecerá a la sombra hasta que se ponga vieja.

Desdeñando responder, Troi le lanzó una mirada retadora.

Enfurecido, el esbirro gritó:

—Te estamos dando una oportunidad para que salves el pellejo, y te empecinas... ¡eres más terco que un asno! Desde que te encerramos aquí, no has parado de hacer propaganda contra nuestro gobierno y de injuriar a nuestros consejeros norteamericanos. Todo lo que has dicho a los otros presos lo hemos grabado, ¿quieres oírlo? No sólo trataste de asesinar al señor Secretario de Defensa norteamericano sino que has maldecido a nuestro ejército nacional y hasta has tenido la osadía de menoscabar la dignidad de Su Excelencia nuestro Primer Ministro.

—Yo no oculto nada —replicó Troi—; al contrario, digo las cosas como son y en voz alta para que todos me oigan. Ustedes nos trajeron periódicos en los cuales elogian a los consejeros yanquis poniéndolos por las nubes como si realmente fueran amigos del pueblo vietnamita. Como sé positivamente que eso no es más que una solemne mentira, los rompí, y les dije a mis compañeros presos que los consejeros yanquis son enemigos implacables de nuestro pueblo, y que no merecen ni el aire que respiran y que, por lo tanto, hay que buscar la manera de eliminarlos a todos.

El esbirro empezó a hojear nerviosamente el expediente en el que constaban las innumerables acusaciones formuladas contra Troi, con la intención de obligarlo a firmar.

—Tienes que confesar que el Vietcong te ha pagado muchos miles de piastras para que realizaras el atentado.

Troi se incorporó ligeramente, y fulminándolo con la mirada, le dijo:

—No es por dinero que yo lucho contra los yanquis, entiéndalo bien, lucho para liberar a nuestro pueblo del yugo que lo oprime, para que el Sur sea libre. Eso es todo.

El esbirro se volvió hacia mí para incitarme a intervenir.

—Usted debería decirle a su marido que se confiese culpable; de lo contrario morirá.

—Ignoro lo que ha hecho —contesté—. ¿Qué crimen quiere usted que le haga confesar?

Recostado en la cama, con ambos brazos inmóviles a lo largo del cuerpo y su rostro marmóreo, Troi miraba fijamente al cielo raso como si no hubiera habido nadie a su lado. El esbirro continuó:

—Fuiste tú quien preparó el golpe para volar el puente Cong-Ly.

—No sólo para volar el puente—rectificó Troi—, sino con la intención deliberada de suprimir al yanqui McNamara.

—Te arrojaste por la ventana huyéndole al castigo, para terminar de una vez.

—Se equivoca. Nosotros no acudimos jamás al suicidio. Fue justamente para seguir viviendo y eliminando yanquis que me arriesgué a saltar.

Los esbirros se turnaban para interrogarlo, empleando toda clase de artificios para sacarle alguna confesión que comprometiera a otras personas. Trataban de envilecer su hazaña, pues ellos sabían que en todo Saigón, especialmente los jóvenes, los estudiantes y colegiales, no se ocultaban para expresar su admiración por Troi. Lo levantaron de la cama para hacerle firmar aquel legajo lleno de falsificaciones. Tomó la pluma y comenzó a tachar párrafo tras párrafo. Después de tacharlos todos, les lanzó la pluma y se acostó otra vez.

Lo amenazaron con infligirle nuevas torturas, más “eficaces” todavía. Me sacaron de allí sin dejarme decir ni una palabra. Cuando me vi en el patio, empecé a llorar. Traté de regresar al lado de Troi, pero dos energúmenos me agarraron por los brazos y me obligaron a subir al auto.

De regreso a nuestra celda, mis compañeras me prodigaron toda clase de atenciones. “A” y “Y” eran las que más me consolaban cuando me veían llorando o simplemente afligida. Trataban de distraerme relatándome anécdotas u ofreciéndome alguna ocupación. “Y” me obligó a coger mis dos fundas de almohada nuevas para enseñarme a bordar flores y las iniciales entrelazadas de Troi y mía. A pesar

de que sus manos seguían muy inflamadas, de vez en cuando cogía las agujas para indicarme cómo se hacían algunos puntos difíciles del bordado. Me pidió que cuando estuvieran terminadas, se las llevara a mi esposo como “regalo” de boda de la celda 4, rogándole que las aceptara aunque llegaban en fecha algo atrasada”. Después, todas entonaron la canción: “Ropas para nuestros combatientes”.

Un nuevo huésped había llegado a la prisión. Esta vez se trataba de un niño de unos cuatro años, arrestado junto con su abuela. Gordito, el pecho abultadito, las piernas y los brazos rollizos y fuertes. Era un hermoso ejemplar de aldeanito. Los carceleros lo dejaban corretear por el patio. Su abuela estaba en una celda distante de la nuestra. Con la curiosidad natural de los niños, apoyaba su carita entre dos barrotes de la reja y nos observaba detenidamente; sonreía y pasaba para otra celda. Así iba de reja en reja curioseando todo. A veces corría tropezando detrás de algún pajarito, y nos gritaba que lo ayudáramos a cogerlo. Uno de los carceleros pasó por su lado con una bicicleta. El chiquitín lo interpeló:

—Oiga, señor, esa bicicleta es de tío Troi. Si no me la da, se lo voy a decir a él.

Nosotras reíamos a carcajadas desde nuestras celdas: tanto candor nos enternecía. Quizás su tío también se llamaba Troi. Una vez se acercó a nuestra reja y llamó: “Quyen, Quyen”. Me sorprendió que supiera mi nombre.

—Aquí estoy —le respondí acercándome a él—, ¿qué quieres?

Me tendió el bracito entregándome una naranja, al mismo tiempo que me decía, como un hombrecito:

—Los títos mandan esto, y preguntan si tú estás bien.

Me agaché, y pasando ambos brazos por entre los barrotes, lo traje hacia mí.

Pelé la naranja y le ofrecí la mitad. No hubo manera de que quisiera aceptarla alegando que ya le habían dado. Sin soltarlo le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Zan⁴.

—¿Zan? ¡Qué lindo nombre tienes! Escucha, Zan, tú les dirás a los títos que tía Quyen se encuentra bien y que les da las gracias a todos. ¿No lo olvidarás?

⁴Zan quiere decir “pueblo”

Dijo un “nooo” largo y salió corriendo hacia la sección de los hombres. Era un “diablito” muy inteligente. Llegó a conocer todos los rincones de la prisión.

Esquivaba a los guardianes con una habilidad que asombraba. Se deslizaba por aquí, por allá para llevarles golosinas a los torturados. También le llevaba cigarrillos a Loi, que acababa de ser transferido a nuestra prisión y encerrado en una celda no lejos de la nuestra. Un día que me tocó el turno de hacer la limpieza, un compañero se acercó a mí, llevando de la mano al pequeño Zan.

—Hace varios días que este compañerito llegó aquí, y todavía la tía no ha reconocido a su sobrino. Conoce muy bien a Troi; siempre pregunta por él. Fue arrestado con su abuela. Su familia ha sido acusada de participar en las actividades de Troi.

Y dirigiéndose al pequeño:

—Mira, ésta es la tía Quyen, la esposa de Troi.

—¡Yo la conozco ya! —exclamó con un gesto encantador.

—Es cierto —respondí—, hace días que nos conocemos.

Me senté en un quicio y acomodándolo sobre mis piernas le pregunté:

—¿Tú conoces bien a tío Troi?

—Tío Troi me compra bombones a cada rato. Él va en bicicleta.

—¿Sabes tú dónde está él ahora?

—Está en la cárcel.

No pude reprimir el llanto. Con intensa ternura lo estreché contra mi pecho y lo acaricié como si hubiera sido un hijo nuestro. ¡Cómo quería a su tío! Por eso, cuando veía al guardián con la bicicleta, lo amonestaba diciéndole que era la de Troi. Un compañero que había sido arrestado en aquellos días me contó que Troi quería mucho al pequeño Zan, cuya mamá, por haberse negado a saludar la bandera de los traidores y a denunciar a los “comunistas”, había sido torturada hasta la muerte. Zan tenía entonces seis meses. Su padre, agotado por exceso de trabajo, apenas podía ocuparse del pequeño. Troi se encariñó con él: quería ofrecerle el afecto familiar que le faltaba a una víctima más de nuestros enemigos. Lo visitaba frecuentemente; conversaba largo rato con él y lo bañaba. La abuela decía que el pequeño Zan quería más a Troi que a su propio padre. Después de enterarme de todo esto, sentía como un deber el ocuparme de este niño; prodigarle la ternura que tanto necesitan los niños a esa edad, y él a su vez me recompensaba con creces las pequeñas atenciones que le tributaba, pues su alegría

infantil me ayudó mucho a soportar aquellos días interminables de encarcelamiento. Era una verdadera cotorra. Se pasaba el día entero haciendo preguntas; y cuando se enfadaba, su gran amenaza era: “Se lo voy a decir a tío Troi”. Siempre que le daba alguna golosina, le decía que Troi se la enviaba. Saltaba de alegría y me preguntaba: “¿Cuándo vendrá él?”. Una noche me gritó desde la celda donde dormía con su abuela:

—¡Tía Tuyem! ¿Estás pensando en tío Troi?

Toda la celda irrumpió en sonora carcajada. Al fin nos contuvimos y le ordenamos que durmiera. Era tanta la pasión que ese niño sentía por Troi, que las compañeras me decían: “Si ustedes tuvieran un hijo así, el papá se volvería loco de alegría”. Yo recordaba entonces las veces que Troi me había manifestado su deseo de que tuviéramos un varoncito. Y me explicaba: “No es que las niñas no me gusten, pero quisiera que el primero fuera varón”. Esperaba verlo en esos días, y me prometí llevar al pequeño Zan para darle la sorpresa.

A la mañana siguiente me tocó preparar el té para los compañeros presos que trabajaban en la construcción de nuevas celdas. Antes de que el agua comenzara a hervir, un policía se acercó y me dijo: “Preséntese inmediatamente en la oficina con todas sus pertenencias”. Yo sabía por mis compañeras que cuando convocaban a un detenido de esa forma, era para deportarlo. Los compañeros que oyeron la orden que me habían dado abandonaron el trabajo y me rodearon. Todos me alentaban y me aconsejaban diciéndome que adonde quiera que yo fuera, me comportara como la digna esposa de un valiente revolucionario: Nguyen Van Troi. En ese momento, mi gran preocupación era prevenir a mi esposo para que no se inquietara en caso de que no me viera. Así es que les dije a los compañeros:

—Cuando Troi se haya restablecido, seguramente lo traerán aquí o a otra prisión. Si ustedes lo ven, díganle que durante mi estancia aquí, lucía animada y con buena salud; que no se inquiete por mi ausencia y que tan pronto me liberen, lo seguiré siempre y a donde quiera que vaya, aunque fuera condenado a cadena perpetua.

Uno de los compañeros, cubierto de cicatrices por todas partes, había recibido unos dulces que le enviaron sus familiares; me brindó y me dijo:

—No te preocupes, le diremos lo bien que se portó su mujer en la prisión. Eso lo alegrará mucho. Además, la unificación del país no tardará. Pronto volverán a verse... ¡Valor y adelante!

Todos estos compañeros eran ya mayores: unos del Norte, otros del Sur o del Centro. La mayoría estaban enfermos. Admiraban a Troi y me estimaban mucho. Algunos habían pasado por innumerables cárceles: B-42, Phu Loi, Bien Hoa, Thu Duc, Gia Dinh, etcétera, hasta llegar a la prisión central, donde nos encontrábamos.

Regresé corriendo a nuestra celda. Las compañeras ya se habían enterado de mi traslado a otra prisión junto con otras detenidas, incluyendo a la abuela de Zan y a éste. Todas, desde la más joven hasta la más vieja, empezaron a traerme cosas: vestidos, pañuelos, jabones, víveres... me llenaron un saco: “Para que no te falte nada”, me decían cariñosamente. Me rogaron que no llorara, pero, a pesar del esfuerzo que hacían en mantenerse risueñas, en los ojos de todas, las lágrimas traicionaban aquella valentía aparente. La compañera “Y”, mi “profesora” de canto y bordado, me dijo esta sola frase:

—Que tu canto supere el llanto, y si tienes que llorar, que no sea jamás delante del enemigo.

Me quedaban unos minutos, y los aproveché para repetir las recomendaciones que acababa de confiarle a los otros

compañeros. Cogí el saco y salí rápidamente. No pude decir nada... el llanto me cerraba la garganta. Tomé de la mano al pequeño Zan, y cuando me alejaba, oí la voz de “X” que me llamaba. Me acerqué a ella y me dijo:

—Quiero insistir sobre lo que te he dicho en otras ocasiones: mantente alerta. No olvides que el enemigo aprovecha el amor de la esposa para doblegar la entereza del marido. Abre bien los ojos. No caigas en la trampa... eso resultaría funesto para Troi.

Una gran sorpresa me aguardaba en la oficina de la prisión. Al cabo de una hora de espera, me informaron que estaba exenta de causa, así como Zan y su abuela. ¿A qué venía esa liberación repentina? ¿Qué maquinación ocultaban detrás de eso? Traté de regresar a la celda para comunicárselo a las compañeras, pero me lo impidieron.

Reanudé mi trabajo en la fábrica, en el departamento de empaque de miraguano. Laboraba horas extras para comprarle alimentos a Troi y saldar la deuda que habíamos contraído para podernos casar. Troi había sido trasladado nuevamente al Hospital Cho Quan. El reglamento para los visitantes era extremadamente riguroso, sobre todo cuando se trataba de visitas a detenidos que iban a ser juzgados. A los visitantes nos llevaban a un zaguán, y a través de una pequeña abertura, sólo alcanzábamos a ver el patio. Troi se hallaba a unos quince metros, detrás de una reja que descansaba

sobre un muro cuya altura llegaba a la cintura de los presos. Yo podía ver la mitad de su cuerpo, pero él seguramente no percibiría más que una parte de mi cara. Si no le hubiera gritado para que me reconociera la voz, no hubiera sabido a quién pertenecían aquellos ojos que miraban a través de la abertura. Un solo agujero para decenas de visitantes. Resultado: que apenas uno acababa de pegar la cara en la pared, cuando ya sentía los golpecitos en el hombro de los que impacientemente esperaban su turno.

La primera vez que fui, una señora se dirigió a mí y a otras dos que estaban a mi lado:

—Después de cuatro años sin saber de mi marido —nos dijo—, supe que estaba encerrado aquí. La otra vez no pude verlo, fue mi hijo quien lo vio. ¿Me permitirían ustedes que mire un ratito? Esta será mi única oportunidad, pues tengo necesariamente que regresar a Hue.

Seguidamente nos explicó que el muchacho, de unos ocho años, había entrado en el patio subrepticamente detrás de uno de los guardianes para ver a su padre, pero lo sorprendieron. Lo golpearon y lo arrojaron fuera sin considerar que se trataba de un niño.

En uno de los extremos del zaguán había una pequeña puerta que daba acceso al interior del patio. Allí permanecía el guardián que recibía los paquetes para los prisioneros.

neros. Como era la primera vez que yo iba, la impaciencia me indujo a una osadía: cuando le entregué el paquete al guardián, con la mano que me quedaba libre sujeté la puerta, logrando mantenerla abierta un instante. Troi me vio, y loco de alegría me gritó:

—¿Te han soltado?

—Sí.

—¿Y la salud?

—Bien.

Durante el corto diálogo, había dado unos pasos apoyado en la muleta para acercarse más a los barrotes, y al mismo tiempo agitaba una mano para saludarme. No tuvimos tiempo de añadir una palabra más. El guardián había cerrado la puerta de un tirón. Corrí inmediatamente hacia la pequeña ventanilla. Una señora que ya se inclinaba para mirar, al verme llegar corriendo y llorosa me cedió su turno. Troi, sujetándose a los barrotes con ambas manos, seguía mirando hacia la puerta como alelado. Lo llamé e introduje el brazo por la ventanilla para hacerle señas. El esbirro que estaba en el patio empezó a injuriarme y me lanzó una enorme piedra que me hubiera partido el brazo si me hubiese alcanzado. El pedrusco dio contra el muro produciendo un ruido sordo. Mi ma-

rido, adivinando el dolor moral que esos actos groseros me causaban, me dijo gritando:

—Ven a verme cada quince días. Este no es un lugar para que tú vengas varias veces por semana. ¿Me has oído?

Esforzándome para no llorar, le respondí:

—No me importa el trato. Es por ti que lo hago... Seguiré viniendo, pase lo que pase... y no te inquietes por mí.

Mi solo afán era poder llevarle alimentos regularmente y ocuparme de él en la medida que las circunstancias me lo permitieran, pues sabía que en ese hospital desatendían a los prisioneros enfermos para que murieran poco a poco. La ración de alimentos, además de miserable, la mayoría de las veces estaba peligrosamente contaminada. Tuberculosos y leprosos hacían vida común con los demás presos, y la higiene prácticamente no existía. Yo me esforzaba en alimentarlo para acortar su convalecencia. “Quizás”, pensaba yo, “pueda él intentar una nueva evasión por tercera vez”.

Mi madre insistía en ir a verlo. Yo trataba de evitar esa visita; sabía que sería un sufrimiento para ella, pero no había forma de convencerla; estaba decidida inclusive a llevar a Can, la más pequeña de mis hermanas. Mi madre me decía:

“Con verlo un minuto me conformo... ¡Extraño tanto a ese muchacho!”.

A pesar de ser la madre de once hijos, mamá tenía locura con su yerno. Troi era su favorito. Ella recordaba siempre el día que se declaró un incendio en el barrio obrero de Khanh-Hoi, y que gracias a la intervención de Troi y de otros trabajadores que se arriesgaron exponiendo la vida, se logró salvar la mayor parte de nuestras pertenencias. Ese acto aumentó la estima en que tenían a Troi quienes lo conocían, y para mi madre era una razón más para quererlo y depositar en él una confianza ilimitada. Al fin, tuve que ceder. Las llevé a las dos y usé una estratagema: como cada una llevaba un paquete, nos paramos delante de la puerta para entregarlos uno a uno. Eso permitió que mamá pudiera verlo y gritarle:

—¡Troi, soy yo! ¿Cómo te sientes?

La pequeña Can saltaba y gritaba:

—¡Mi hermano, mi hermano!

Él sonrió y nos dijo algo, pero no pude entender nada. El ruido del llanto por un lado y los gritos que se cruzaban entre presos y visitantes nos impedían oír lo que él decía. Mi madre lloraba desconsoladamente, caminando por el zaguán de un extremo al otro, sin querer irse de allí. Varias mamás se juntaron para comentar sus aflicciones.

Un esbirro se bajó de un auto, y dirigiéndose al grupo, dijo con marcada sorna:

—¿Otra vez usted, señora? La vemos por todas partes. ¿Acaso su distinguida hija se encuentra enferma para que la hayan traído aquí?

La mamá interpelada miró al esbirro con desprecio y le volvió la espalda. La reconocí, era mamá “M”; yo había conversado con ella unos días antes, exactamente el miércoles anterior, en que llovía a cántaros en los precisos momentos en que se realizaban las visitas. Yo estaba pegada a la ventanilla sin poder distinguir a Troi, tal era la densidad de la lluvia que caía. Lo llamé varias veces gritando con todas mis fuerzas, hasta que comprendí que era inútil: el ruido del agua cubría mi voz. Sin querer aceptar la adversidad, seguía pegada al agujero llorando amargamente cuando sentí que dos manos se posaban en mis hombros y con dulzura me separaban de allí: era mamá “M”. Con su impermeable nos cubrimos las dos y me llevó a una galería cercana. Me habló largo rato tratando de consolarme. Cuando supo que yo era la esposa de Troi, me abrazó efusivamente y exclamó:

—¡Y decir que te he visto tantas veces sin saber quién eras!

El esbirro continuó:

—Se lo he aconsejado ya: exhorte a su hija a que salude a nuestra bandera aunque sea una sola vez y reconozca que los comunistas no son más que despreciables terroristas; será liberada inmediatamente. ¿Por qué se destruye usted saltando de una prisión a otra durante cuatro o cinco años para llevarle alimentos a su hija, cuando sería tan fácil evitar ese sacrificio?

Ella le respondió:

—La traje al mundo; eso basta para que la mantenga. En cuanto a saludar esa bandera y pensar bien o mal de los comunistas, es asunto de ella. No tengo ningún derecho a coaccionarla.

La décima vez que fui al hospital, ya Troi no estaba. Inquirí, y logré que un guardián me dijera: “Su marido está casi bien. Ha sido trasladado a la cárcel”. Tal como yo lo había previsto, esa vez lo habían transferido a la prisión central. Lo supe más tarde cuando la compañera “X”, que había logrado evadirse, me contó la estancia de Troi en esa prisión. Me explicó “X”:

“El 4 de agosto por la mañana los presos estaban trabajando en la construcción de las nuevas celdas cuando entró en el patio una ambulancia de la Cruz Roja y se paró frente a nuestra reja. Tan pronto se abrió la puerta, oímos una voz fuerte que decía: “No necesito ayuda; puedo caminar solo”. Seguidamente vimos a un prisionero que aparta-

ba con ambas manos a dos policías que querían ayudarlo. Se inclinó y arrastrando una pierna enyesada apoyó las dos manos sobre el piso de la ambulancia para bajarse. Llevaba un pantalón corto y una camisa gris. Cuando levantó la cabeza, lo reconocí y empecé a gritar: “¡Aquí está Troi! ¡Aquí está nuestro hermano Troi!”. Las compañeras se amontonaron en la reja, cosa que estaba rigurosamente prohibida. Exclamaciones de alegría se oían por todas partes. “¡El marido de la pequeña Quyen está aquí!”. Como reguero de pólvora, la noticia se difundió por todas las celdas. El nombre de Troi corría de boca en boca. Los prisioneros dejaron sus labores y rodearon la ambulancia. Los que no alcanzaban a verlo preguntaban: “¿Dónde está? ¿Dónde está Troi?”. Como su pierna enyesada le impedía bajarse, un montón de prisioneros acudió para prestarle ayuda. Lo bajaron entre dos, pero decenas de brazos se extendían queriendo ayudar también. Todo pasó tan rápidamente que los policías no tuvieron tiempo de reaccionar. Al fin empezaron a vociferar: “¿Quién les ha permitido acercarse aquí? ¡A sus puestos inmediatamente!”. Trataron de romper el cerco para sacar a Troi, pero en vano. Desde las rejas, las compañeras gritaban: “¡Salvajes! ¡Cobardes! ¡Martirizando a un herido!”. Los presos, haciendo caso omiso de las injurias e increpaciones de los guardias, cargaron a Troi y pasándolo de brazo en brazo lo llevaron hasta el pabellón C, lugar donde los que ingresan deben presentarse para los requisitos administrativos.

A la mañana siguiente, como a las nueve, vimos a Troi, que, arrastrando su pierna y apoyándose en los hombros del compañero Loi, se dirigía hacia el extremo del pabellón contiguo a nuestra celda. Allí tenía que esperar el auto que lo conduciría al tribunal.

Yo estaba a menos de tres metros de él. Tú recordarás seguramente que frente a nuestra celda, a unos pasos de la reja, había una mesita que utilizaba el responsable de la escolta de los prisioneros; pues bien, Troi se había sentado junto a ella. Vestía pantalón azul y camisa gris, y estaba bien peinado. Se había repuesto bastante; había engordado algo y tenía buen semblante. Lucía mucho mejor que cuando ibas a verlo al hospital. Todas las compañeras de la celda nos habíamos amontonado detrás de la reja para estar más cerca de él. Se volvió hacia nosotras y nos miró detenidamente. Su mirada era extraña. A veces parecía que iba a sonreír y daba la impresión de querer decirnos algo. Por nuestra parte, esperábamos ansiosamente la ocasión para transmitirle lo que tú nos habías dicho. Desgraciadamente, la oportunidad no se presentó. Tres fieras bien conocidas eran los encargados de custodiarlo: los cabos Giap, Luc y Hien. Apenas acababa Troi de sentarse, cuando ese espantapájaros raquítico, Luc, empezó a decirle burlonamente:

—Tú eres joven. Tu mujer, lo sé muy bien, está en la flor de su edad. Acaban de casarse. ¿Por qué despreciar esa felicidad dejándose llevar por los malos consejos del Vietcong que impulsan a realizar malas acciones?

Troi dejó de mirarnos, y con leve sonrisa respondió:

—¿Malas acciones, dice usted? En relación con el bienestar de mi pueblo y el mío propio, mi acción es enteramente justa. De manera que el suprimir a los agresores yanquis no puede constituir una mala acción en ningún caso.

El cabo continuó:

—*Que sea justo o no, el asunto es que te has quedado lisiado, por haber escuchado a los comunistas.*

Troi lo miró fijamente, y alzando la voz precisó:

—*Nadie me indujo a realizar la acción. Odio a los imperialistas yanquis, y en primer lugar a ese McNamara, que tanto sufrimiento le ha causado a nuestra patria. Intenté matarlo, no lo niego.*

Giap, el tristemente célebre torturador de la prisión de Gia Dinh, se plantó delante de Troi con insolente desfachatez:

—*¿Qué, no está claro todavía? Sólo has ganado dos cosas: la cárcel y una “pata” rota.*

Notamos que la cólera iba adueñándose de Troi. Una de sus manos, que reposaba sobre el borde de la mesa, se crispó. Su voz se volvió más lenta, más acentuada.

—*Repito que actué con toda justicia. Mi deber es suprimir a los agresores. Acepto todos los riesgos, sacrificios y dolencias, tanto en el orden físico como moral. Jamás podría vivir como los lacayos, que por intereses personales causan tanto daño a sus compatriotas.*

El esbirro con cara de pergamino, pensando en intimidar a Troi, lo interpeló:

—¿Lacayos, has dicho?

—¡Sí! —respondió Troi, tajante.

El corazón nos latía como si quisiera salirnos del pecho: tres fieras rugiendo alrededor del prisionero sin lograr intimidarlo. Jamás habíamos recibido una lección semejante de entereza. Me sentía orgullosa de pertenecer a un movimiento cuyo seno alberga a hombres de ese temple. Los verdugos continuaban con sus frases hirientes e infamantes calumnias, pero Troi mantenía su altivez inalterable y sus categóricas réplicas. El cabo Giap terminó diciendo:

—Nosotros no vamos al encuentro de la desgracia. En nuestras casas, la mesa siempre está servida. La mujer y los muchachos nadan en la abundancia, no nos falta nada. Mientras que tú te atreves aún a hablar en esa forma, no parece arrepentirte de lo que has hecho, ¿cómo entonces podrías esperar que tu castigo sea atenuado?

Troi lo miró y le dijo con tono despectivo:

—Ni me arrepiento ni deseo vivir como viven ustedes; preferiría morir.

El otro policía, Hieu, el del pescuezo de gallo desplumado, señalando la pierna de Troi, dijo irónicamente:

—La muerte te está llamando y continúas haciéndote el jaquetón. Esa pierna que te has roto, ¿no ha sido por haber seguido a los comunistas?

Troi no pudo aguantar más. De un salto se levantó de la silla y dio unos pasos como si su pierna no hubiera estado enferma. Sin dignarse mirar a los verdugos les dijo:

—Ustedes no son más que unos tipos asquerosos. No me tomaré la molestia de seguir contestándoles.

El compañero Loi, que hasta ese momento había permanecido sentado al pie del muro sin perder una palabra del diálogo, acudió prestamente a sostener a Troi, temiendo que se fuera a caer. Yo, personalmente, no pensé en esa posibilidad, pues en aquel momento, el patriota lucía fuerte como una columna. Así se mantuvo hasta que llegó el auto que iba a conducirlos, a él y a Loi, al tribunal. Cuando el auto arrancó, empezamos todas a agitar las manos a través de los barrotes y a gritarle “¡Troi! ¡Hermano Troi!”. Nos volvió a mirar mientras el auto se alejaba.

Aquel día, como los siguientes, cada vez que teníamos la oportunidad de reunirnos con los otros prisioneros, les contábamos detalladamente aquel episodio que habíamos presenciado tan cerca de nuestro hermano Troi. Y sin que ello hubiera sido una consigna, cuando alguno de los detenidos iba a ser sometido a las torturas o deportado, alguien le decía: “Mantengámonos como Troi, indoblegables”.

Por aquellos días, las calles de Saigón cambiaban de un día para otro. Las manifestaciones tenían lugar hasta de noche. En nuestro barrio, los estudiantes, colegiales, estibadores,

*cyclos*⁵, electricistas, trapicheros, etcétera, abandonaban sus respectivas labores y marchaban por las calles con enormes carteles exigiendo la dimisión de Khanh⁶. Los manifestantes se dirigían a la residencia gubernamental y la rodeaban. Fue Khanh quien firmó la pena de muerte de mi esposo y que ahora es objeto de la cólera de los nuestros. Cuando yo estaba en la cárcel, oí que algunos compañeros decían: “Bastaría con que los dos millones de saigoneses se lanzaran decididamente para que los títeres, acosados desde dentro y de fuera, se desmoronaran”.

Poco después, cuando ya me encontraba libre, recordaba esa frase y me decía a mí misma: “Si eso sucediera, no sé lo que harían los demás, pero yo correría a la prisión y rompería las puertas para salvar a mi esposo”; aunque en aquellos días yo ignoraba totalmente el lugar donde lo tenían encarcelado. Desde el 11 de agosto, fecha en que había sido condenado a muerte, estuve recorriendo todas las prisiones tratando de averiguar su paradero. La angustia me consumía. Me preguntaba si lo vería esta vez en Chi Hoa, o si me harían correr de una prisión a otra habiéndolo asesinado ya.

Me dirigí al buró de la sección de los condenados a muerte. Inquirí, y mientras esperaba la respuesta impacientemente, oí que me llamaban gritando: “¡Quyen! ¡Quyen!”.

⁵Los que conducen los *cyclo-pousses*.

⁶Jefe del gobierno títere en aquellos momentos.

Reconocí su voz inmediatamente. El corazón me dio un vuelco. Me volví con rapidez y tuve tiempo de ver su cara a través de la pequeña ventanilla enrejada del auto de la prisión en que iba. Corrí detrás, gritando al mismo tiempo: “¡Van a asesinar a mi esposo! ¡Van a asesinarlo!”. El auto viró hacia la salida y desapareció. Me quedé petrificada, pero reaccioné enseguida y miré a un lado y a otro buscando ayuda. Empecé a gritar desafortadamente: “¡Troi! ¡Troi!”. El policía sacó la cabeza por la ventanilla y me increpó:

—¿A qué viene ese escándalo? Tu marido fue a retratarse. Volverá dentro de un momento. Aquí tienes el pase. Ven a las tres y podrás verlo.

—¿Es cierto lo que me dice?

—¡Claro que es cierto! Lee el pase y te convencerás.

Por una vez no habían mentido. Llegué a las tres en punto y ya Troi se encontraba en la sala de espera de la sección de los condenados a muerte. Junto a él se hallaba un compañero preso que lo había ayudado a bajar del tercer piso. A cuatro o cinco metros de nosotros, un policía nos vigilaba sin quitarnos la vista de encima. Al acercarme, el compañero que

estaba con mi esposo se alejó discretamente. Troi se puso de pie apoyándose en el respaldo del banco de madera. Apreté nerviosamente el cesto en que llevaba algunas golosinas que le había comprado, temía que se me cayera de la mano. En aquel momento pensé en las recomendaciones de mis compañeras de prisión: “Aprieta los dientes; no llores, no llores, que con eso avivarás aún más los sufrimientos de los que amamos”. “Tienes que hacer un esfuerzo”, me decía a mí misma mientras avanzaba hacia él, “para que en sus últimos días no se inquiete demasiado por ti”. Pero las lágrimas me inundaban el rostro. Quería llamarlo, no podía: un nudo en la garganta me impedía articular su nombre. Me mordí los labios para evitar el llanto. Así que llegué hasta él, sin poder pronunciar una palabra. Me tomó por las manos y me sentó a su lado. Recosté la cabeza sobre su hombro y quise hablarle. La voluntad me abandonó, prorrumpí en llanto.

Me acarició los cabellos, y con ligera presión de su mano en mi barbilla me hizo erguir la cabeza. Entonces me habló:

—Habrás llorado mucho cuando te enteraste por los periódicos, ¿verdad?

Sollozando le respondí:

—¿Cómo no iba a llorar? Los familiares y amigos que fueron a casa a comunicarme la noticia también lloraron. Desde ese día no he cesado de correr por todas partes buscán-

dote. Papá ha solicitado los servicios de un abogado para que trate de obtener la conmutación de la pena.

Visiblemente contrariado protestó:

—No busques la ayuda de ningún abogado; es gastar dinero inútilmente.

Extrajo un pañuelo del bolsillo y mientras me secaba las lágrimas me dijo con sincero pesar:

—He hecho de ti una esposa desgraciada. ¿Me guardas rencor?

—¡Amor mío! —le respondí—, ¿cómo voy a guardarle rencor a lo que más quiero en el mundo? La culpa ha sido mía. Las compañeras de prisión me han educado; he comprendido mejor, y eso me ha hecho llorar más. Pero debes comprenderme; no sabía que tú militabas, y esa ignorancia me inducía a abrigar sospechas, a mostrarme irascible y a entorpecer tu acción.

Me tomó las manos y me dijo:

—Unos días antes de nuestra boda tuve que activar los preparativos para ejecutar mi misión, lo que me obligaba a ausentarme continuamente, tanto de día como de noche. En la clandestinidad, la regla es estricta: abstención

absoluta de divulgar las actividades. Tenía que mentirte. Comprendía perfectamente tu estado de ánimo. Era normal que te irritaras e inclusive que pensaras mal de mí. Lo sabía y sufría en silencio por ti. Después de nuestra boda no pude cumplir con lo que tantas veces te había prometido: visitar a la familia y tomar unos días de descanso para nosotros. Recuerdo muy bien que en algunas ocasiones me formulabas preguntas a las que yo respondía evasivamente o con explicaciones absurdas. En aquellos días regresaba muy tarde a casa, pues además de las reuniones, tenía que vigilar los movimientos del enemigo para escoger el momento oportuno de colocar el dispositivo en el puente.

Troi continuó con una exclamación:

—¡Qué marido! Cada vez que su esposa se inquietaba por él, respondía: “estoy muy, pero muy ocupado”. En tu lugar —añadió sonriendo—, yo hubiera abrigado terribles sospechas. Tú has sido muy buena conmigo. Otra mujer, en tu lugar, hubiera escandalizado. De más está decirte que mi intención era explicártelo todo después de consumada la misión. Ahora, lo has comprendido todo, ¿no es cierto?

—Sí, mi amor le respondí, lo he comprendido, pero no de ahora precisamente, me di cuenta cuando te llevaron a casa esposado.

—Yo te he dicho muchas veces —prosiguió— que soy enemigo irreconciliable de los mentirosos y de los pillos. Siempre te he recomendado no mentir, ni aun tratándose de las cosas más fútiles. Sin embargo, tuve que mentirte. Pero en situaciones análogas, mentir no es una vergüenza, es una necesidad que nos imponen las circunstancias para poder realizar las tareas revolucionarias; más todavía si el deber te impele a desarrollar tus actividades en una ciudad como Saigón, donde pululan esbirros, para preservar los secretos.

Quise pelarle una naranja, pero me retuvo la mano.

—Comeré luego. Nos queda poco tiempo y aún tengo cosas que decirte. Cuando me trasladaron a la prisión central, los compañeros presos me contaron todo lo que tú querías decirme. Me hablaron de tus progresos y de lo bien que habías aprovechado sus consejos. Yo persisto en la idea de evadirme, pero también pienso que el enemigo puede llegar a lo peor. Si algo me sucediera, trata de incorporarte a nuestras filas.

Se mostraba reservado. Exponía alusiones vagas, pero yo comprendía bien sus intenciones y lo que tenía que suceder con toda su crueldad. Me enjugó las lágrimas con el pañuelo, y con su voz dominada por la emoción, me murmuró al oído:

—Mis compañeros no te abandonarán. Has podido constatarlo en la prisión. No soy el único; hay miles y miles que soportan toda clase de sufrimientos y humillaciones sin desviarse ni un ápice de la línea revolucionaria. Los vemos por las calles, correteando de arriba abajo para tratar de ganarse el mísero puñado de arroz cotidiano, pero sus idas y venidas no se reducen sólo a eso: participan en la revolución de diversas maneras. Muchos han perdido a los seres queridos, sin que por ello les hayan flaqueado las piernas. Imítalos. Arréglatelas para que puedas participar en la acción; para que te confíen alguna tarea, aunque no sea más que distribuir panfletos o anunciar alguna buena noticia.

Le dije:

—Mi temor es que no confíen en mí. ¡Me gustaría tanto lanzarme en todas esas actividades! Tú no estás libre; por ello ansío con más vehemencia militar como todas mis compañeras de prisión.

Seguidamente abordó otro asunto que, me dijo, le preocupaba:

—¿Es cierto que han bombardeado el Norte?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Una sola vez⁷.

—¿Derribaron alguno?

—Sí, cuatro.

—¿Nos ocasionaron pérdidas?

—Poca cosa; sólo causaron algún daño en unas aldeas costeras.

Movió la cabeza repetidas veces. Lucía contento:

—Si atacan el Norte, tarde o temprano encontrarán la muerte. Si continúan —añadió— entérate bien de todo y ven a informarme; si es que te permiten visitarme, naturalmente.

Interesándose por nuestros amigos me recomendó:

—Cuando veas a nuestros familiares y amigos, ruégales que me disculpen por no haber cumplido con la tradicional visita de boda. Tu mamá debe de estar muy triste, ¿verdad?

El policía nos interrumpió diciéndonos que el tiempo se había terminado. Lo levanté asíéndolo fuertemente por los

⁷La escena se desarrollaba en agosto de 1964. El primer bombardeo yanqui contra la República Democrática de Vietnam había tenido lugar el día 5 de ese mes.

brazos. Yo tenía la impresión de que iba a despedirme de él para siempre. Hice un esfuerzo para formularle una pregunta más:

—¿Te... te volveré a ver?

Me tomó en sus brazos y me besó. Sus mejillas se mojaron con mis lágrimas. Me miró a los ojos, diciéndome:

—Volveremos a vernos. No te desesperes.

Yo lo sostenía fuertemente por los hombros. Me apartó la cabeza y acariciándome el cabello, añadió:

—Trata de seguir el ejemplo de tus compañeras de prisión. Aprende a soportar los sufrimientos, a vivir alegre.

Lo conduje hasta el final del salón, viéndolo alejarse apoyado en el hombro de su compañero hasta que desapareció en el recodo de la escalera. Entonces salí de allí.

Me consumía de impaciencia esperando el día 30 de ese mes de agosto. Preparé con anticipación todo lo que él necesitaba. En toda su ropa bordé nuestros nombres, y en las baquetas y la taza los grabé. Recordando los poemas que las compañeras de prisión me habían enseñado, escogí el que me gustaba más y lo bordé en un pañuelo para ofrecérselo como regalo especial. Pasé noches enteras

bordándolo todo con el mayor esmero. Me emocionaba pensando en la sorpresa que él iba a recibir cuando viera que yo había sido capaz de realizar ese trabajo que exigía cierta habilidad y sobre todo práctica. Llevé el pañuelo a casa de mis padres para hacerle el dobladillo a máquina. Mi hermana le leyó el poema a papá:

“Aunque surja el huracán y brame el viento;
Nuestra Patria unificada hará historia;
Yo, siempre seré fiel a nuestro juramento;
Tú, a mis brazos volverás lleno de gloria”.

Papá exclamó:

—¡Eso es una locura! Tú sabes que ellos te vigilan y si desgraciadamente te sorprenden entregándole ese pañuelo a Troi, te van a torturar hasta la muerte.

Le respondí:

—No temas nada. Me arreglaré para entregárselo sin que nadie se dé cuenta.

El 30 de agosto, como se había previsto, volví a la prisión central de Chi Hoa para verlo. Cuando llegué a la ventanilla el cabo de guardia me increpó:

—Las autoridades han prohibido que usted continúe trayéndole alimentos a Troi. ¿Qué le contó usted la última vez que estuvo aquí para que él haya desatado una furiosa propaganda en toda la prisión?

—Visito a mi esposo para saber cómo se encuentra de salud y contarle los problemas de la casa, pero nada más.

El cabo concluyó:

—No puede entrar. Se lo he dicho ya. Es la orden.

Insistí, pero en vano. Le rogué que alguno de ellos le llevara unas frutas; se negó rotundamente. Decidí regresar a casa. A la salida de la prisión vi a mamá “M”, quien llorando me preguntó:

—¿Es cierto que tu marido ha sido condenado a muerte?

—Sí.

—¿Lo viste ahora?

—No pude; me prohibieron la entrada. Me pidió que le entregara los dulces y las frutas, que ella se encargaría de hacerlos llegar a Troi. Me explicó además las gestiones que era menester efectuar para obtener una autorización de visita. Tuve suerte, pues su hija había sido trasladada del Hospital Cho Quan a la prisión de Chi Hoa.

Tantas habían sido las veces que mamá “M” recorrió las prisiones para visitar a la hija, que llegó a conocer a unos cuantos policías. Tenía habilidad para tratar a esa gente. Fue así que el 18 de septiembre me citaron para entregarme la autorización de visita. Cuando llegué a la prisión me quedé atónita al oír que el cabo me decía:

—Puede ver a su marido, hoy mismo.

Y seguidamente añadió:

—Se ha convertido al catolicismo. El cura lo bautizó.

Salí presurosa a comprarle algo, sobre todo frutas. Troi no fumaba. Tampoco era aficionado del té; en cambio, adoraba las frutas. Casi corriendo regresé a la prisión y me dirigí al salón de espera de la sección de los condenados a muerte. Cuando lo ví, corrí hacia él y llegué tan agitada que apenas podía hablar. Le pregunté:

—Te hice esperar mucho, ¿verdad?

Me pasó sus dos manos por la cara para retirar algunos cabellos que se habían adherido a mis mejillas sudorosas, diciéndome al mismo tiempo:

—Esperé algo, pero ¿por qué corres así?

—Imagínate, no esperaba verte hoy. Pensé que me darían el pase para otro día. Corrí a buscarte algunas frutas porque yo no había traído nada. Dejé en casa el paquete con tu ropa. Cuando llegué aquí me sorprendieron diciéndome que próximamente tendrá lugar un gran acontecimiento en la prisión y que si quería verte podía hacerlo hoy mismo. No esperé a que repitieran la invitación.

Miró las frutas:

—Estás gastando demasiado. No necesito comer tanto. Además, no olvidemos que aún tenemos pendiente la deuda que adquirimos para la boda.

—No te preocupes por esta deuda; me arreglaré para pagarla.

Súbitamente recordé lo que me había dicho el cabo que me entregó el pase.

—¿Es cierto que te has convertido en católico? Me dijeron que un cura te había bautizado.

Me miró asombrado:

—¿Quién te ha dicho eso?

—Me lo dijeron cuando vine a buscar el pase.

Frunció el ceño y dijo:

—¡Canallas! Están tratando de lanzar bolas para que los compañeros crean que estoy cediendo. Es cierto que trataron de convertirme, pero los mandé a paseo a todos.

Estaba tan enfadado que opté por cambiar de tema.

—¿Cuándo te quitaron el yeso de la pierna?

—El día quince.

Y ya más calmado me preguntó:

—¿Cómo va la familia? ¿Has visto a Zan?

—Todos están bien. Mi hermanita Can me pide todos los días que la traiga para verte. En cuanto al pequeño Zan, en varias ocasiones pensé en traértelo, pero juzgué prudente no arriesgarme: los esbirros me vigilan de cerca. Ya no me atrevo a visitar a nadie por temor a crear complicaciones.

—¿Qué dijo Can después que me vio en el hospital?

—Le contó a todo el mundo que había visto a su “hermano grande” caminando con dos bastones y que llamó y él sonrió.

—¡Qué pena sentí ese día, cuando la vi saltando para saludarme sin poder acercarme a ella para besarla! A fin de mes podrás venir a verme, pero no dejes de traer a Can. Y si puedes ver a Zan, llévale bombones y dile que tío Troi se los manda. Ese niño necesita afecto; como yo cuando tenía su edad. Trata de ocuparte de él, cuando te sea posible.

Bajé la voz para preguntarle:

—¿Qué hiciste después que te vi la vez pasada para que me negaran la entrada diciéndome que habías formado un alboroto tremendo en la prisión con tu propaganda?

—Les conté a los compañeros que los yanquis habían bombardeado el Norte sin causar mucho daño, y que los nuestros habían derribado varios aviones. Todos los compañeros desbordaban de entusiasmo y la sección de los condenados a muerte estaba en ebullición. Eso les cerró el pico a los lacayos.

—De manera que el día 30 te cansarías de esperarme. Mamá “M”, que se encargó de que te llevaran el paquete que yo te traía, me contó después que ese día tú parecías un león encerrado en una jaula.

Se echó a reír.

—Claro, estuve esperando todo el día, ansioso de que me avisaran para bajar a verte. Pienso en ti continuamente. Tenía escondida una fotografía tuya, pero me la descubrieron y la rompieron. Cuando llegó la noche y no habías venido, me inquieté pensando que tal vez te habían arrestado o que te encontrabas enferma.

Una prisionera bajó de la sección de los condenados a muerte y se sentó al otro extremo del banco en que nos hallábamos nosotros. Su madre lloraba desconsoladamente sin poder apenas articular palabra. Hablaba con el acento provincial de Hue⁸. Aquello me hizo recordar los familiares de Troi.

—¿Sabes —le dije— que varios de tus parientes han tratado en vano de venir a verte?

—¿Aún están aquí?

—No; tuvieron que regresar.

—Escríbeles diciendo que estoy bien. Y tu hermano Bay, ¿está en casa?

—Sí.

⁸Ciudad del centro. Antigua capital de los reyes; cerca de la provincia natal de Troi, Quang Nam.

En tono compasivo añadió:

—¡El pobre; también fue arrestado por vivir bajo nuestro techo! Dile que no se inquiete, y sobre todo que no se le ocurra vender la casa. Ustedes no tienen nada que temer. Además, ¿adónde irías tú si la vendieran?

Un policía se acercó para entregarme una hoja de solicitud de visita. Troi la cogió y miró mi fotografía que estaba pegada en ella.

—¿De cuándo es esta fotografía?

—Es reciente; me la hice para la autorización de visitas.

—Luces muy pálida.

Levantó la vista y me miró detenidamente.

—Realmente, te veo pálida, ¿por qué?

—Me siento muy bien. Yo creo que son ideas tuyas.

—¿Puedes seguir bañándote en casa de los vecinos?

—Se portan muy bien conmigo.

Me hizo sus recomendaciones:

—Los escalones para ir al baño son muy altos. No llenes los cubos demasiado.

—No te preocupes por tan pequeñas cosas. He cambiado mucho. Ahora me siento fuerte. Por la noche, ya no me da miedo salir sola al patio.

Pasó a otro asunto.

—¿Cómo van las cosas por fuera?

—Las manifestaciones han disminuido, pues ellos han tenido que hacer algunas concesiones. El día que tuvo lugar el golpe de Estado me pasé toda la noche despierta, con la esperanza de oír crepitar los fusiles. Al amanecer, se había restablecido la calma; al menos provisionalmente. Me sentí defraudada. Pero “afuera” nuestros compañeros choferes dicen que últimamente se ven muchos de la “Liberación”, y que éstos paran los autobuses y los autos particulares para efectuar mítines relámpagos. Algunas noches se oye el cañoneo desde casa. ¿Lo oyes tú desde aquí?

Movió la cabeza afirmativamente, y con mucho interés me pidió que continuara.

—Los parientes y amigos que vinieron de Quang Nam dijeron que tu distrito natal está casi totalmente liberado y que las fuerzas de liberación han llegado allí con ar-

mas mucho más modernas que las que usaban durante la primera Guerra de Resistencia. Hasta en Saigón las cosas han cambiado en unos meses. Los muchachos insultan públicamente a Nguyen Khanh. Puede decirse que la ciudad entera repudia y rechaza a ese “gobierno”. Los jóvenes y los estudiantes cercaron la residencia de Khanh obligándolo a presentarse y exponer una serie de disculpas ante el público. ¿Tú crees que eso puede durar mucho?

Le tomé la mano. Había engordado algo. Sus venas no abultaban tanto como cuando estaba en el hospital. Tocándose el dedo en el que habitualmente se lleva el anillo de compromiso, me dijo:

—Tuve que venderlo. El día que coloqué la mina no tenía suficiente alambre eléctrico ni dinero. Tampoco tenía tiempo de ponerme en contacto con nuestra organización. Pensé que si exponía mi vida, bien valía la pena sacrificar un anillo. Cuando me preguntaste por él, no sabía qué contestar; al fin se me ocurrió decirte que me molestaba para trabajar. Aquella respuesta debe haberte producido cierta humillación, ¿no es cierto?

Hundí mi rostro entre sus manos y sollozando le supliqué:

—¡Por favor, no me hagas evocar recuerdos que me desgarran el alma! En aquellos momentos yo estaba muy lejos

de comprender esas cosas. Si al menos hubiera merecido tu confianza hubiese conseguido el alambre.

Hizo que lo mirara; me sonrió tiernamente y prosiguió:

—Acepté la misión en los días que preparábamos nuestra boda. Los compañeros dirigentes no querían enviarme al combate. Acordaron darme una pausa para que pudiéramos disfrutar de nuestra felicidad familiar. Fui yo quien la pidió insistentemente. Hacía tiempo que esperaba una oportunidad para suprimir yanquis. Al fin me autorizaron e inmediatamente comencé los preparativos, esforzándome en ocultártelo todo, pues no quería crearte preocupaciones desde los primeros días de nuestro matrimonio. Mi proyecto era que después de consumada la misión te integraras a nuestras filas para que fueras, además de mi esposa, una camarada.

Se quedó un momento pensativo, indeciso, como quien desea formular una pregunta y no se atreve. Al fin alzó la cabeza y me preguntó:

—¿Estás encinta?

—No.

Noté que se entristeció. No dije nada. Le buscaba una salida a aquel silencio cuando el policía nos anunció que se

había terminado el tiempo para la visita. Un compañero prisionero, muy joven también, vino lentamente hacia nosotros. Troi me lo presentó, diciendo:

—Los compañeros de aquí me ayudan muchísimo.

Dirigiéndome al compañero, dije:

—Mi esposo aún está enfermo. Cuento con ustedes para que lo cuiden, y les doy a todos mi más sinceras gracias.

—No tiene que agradecernos nada, estamos aquí para ayudarnos mutuamente.

Lo acompañé hasta el extremo del salón y le entregué las frutas. Troi me dijo:

—La próxima vez compra menos.

Mamá “M” me había adoptado. Sentía mucho afecto por mí, y yo por ella. Cuando me veía demasiado atareada ocupándome de Troi en ocasiones en que mi estado de salud no andaba bien, se ofrecía para ayudarme. Me decía que cuando era joven había tenido que pasar también por esas vicisitudes. Su esposo había sido arrestado y liberado repetidas veces. Por último, fue internado en la prisión de Chi Hoa y allí murió de agotamiento. Tenía dos hijos en el Norte: uno era miembro del Ejército, el otro había ido a

estudiar a la Unión Soviética. Su hija hacía cuatro años que estaba presa por haber repartido panfletos que anunciaban la creación del Frente Nacional de Liberación. Mamá “M” tenía un pequeño comercio y vivía con una sobrina. Me enseñaba las fotografías que le enviaban desde la URSS y del Norte: uno de sus hijos aparecía sentado frente al tabletero de una máquina que parecía muy complicada, llena de relojes. Hanói, la capital, iluminada con motivo de la Fiesta Nacional. Su nuera, obrera de una fábrica de tejidos, en el balcón de su casa rodeada de sus hijos, etcétera. Me explicaba cada foto, diciéndome: “Algún día seremos tan felices como ellos!”.

Cuando volví a visitar a Troi por tercera vez a la sección de los condenados a muerte, ella me entregó una caja de dulces y con sincera emoción expresó: “Diles que los quiero más que a mis dos hijos que están en la URSS y en el Norte, pues ellos allá viven felices, mientras que los otros están encerrados en Chi Hoa”. Se refería a su hija y a Troi.

Esta vez, para complacer a Troi llevé a mi hermanita Can. Cuando entramos en el salón y lo vio, empezó a saltar y a gritarle:

—¡Troi, mi “hermano grande”!

Me sentí feliz al verlo. Tenía buen color; se había repuesto bastante y estaba limpio y bien peinado. Cuando oyó la voz

de Can miró hacia la puerta, se levantó del banco y dio unos pasos arrastrando la pierna enferma. Abrazó efusivamente a la pequeña, que se lo comía a besos. Sin soltarla, me apretó la mano preguntándome:

—¿Cómo va la familia?

—Todos están bien, y a ti te encuentro mejor.

Estaba sonriente. Desde su arresto nunca lo había visto tan ufano. Me tomó ambas manos y dijo:

—Me siento mejor; he engordado algo, pero tú sigues tan delgada y pálida como siempre. Estoy seguro de que trabajas demasiado.

Le mentí deliberadamente para no inquietarlo:

—No; trabajo sólo ocho horas, como me recomendaste.

La pequeña Can miraba atentamente las piernas del “hermano grande”.

—¿Cuál es tu pierna enferma?

—Es ésta, pero ya está bien.

—¿Ya está bien? Entonces cárgame.

Troi se sentó y la puso sobre sus rodillas:

—¿Vas a la escuela? ¿Sabes ya leer?

—¡Voy, cómo no!, y conozco algunas letras. Mi hermana le pidió permiso a la maestra para que me dejara venir a verte. ¿Dónde tú duermes?

—En el tercer piso... ¡muy alto, muy alto!

—Llévame.

—Estoy preso, muñeca —dijo riendo—. No te dejarían subir.

—¿Cuándo volverás a casa?

—El próximo Tet⁹. Te prometo que para esa fecha estaré con ustedes. Mientras tanto visitarás de cuando en cuando a tu hermana Quyen. No lo olvides.

Su natural inocencia la indujo a cometer una indiscreción:

—Cada vez que voy a verla la encuentro llorando.

Troi me miró fijamente:

—¿Por qué lloras así?

⁹Año Nuevo vietnamita según el calendario lunar.

Traté de protestar:

—Te aseguro que no lloro.

—¿Por qué Can lo ha afirmado? Es muy pequeña para mentir; lo ha dicho porque es verdad.

Guardé silencio. No podía seguir engañándolo.

—Escucha bien —me dijo—, vives en un ambiente donde existe un movimiento que se desarrolla continuamente. Debes participar de nuestra euforia. En estos días hemos cantado en nuestras celdas. Todo Saigón está en huelga, sin agua ni electricidad, ¿te das cuenta? Hasta ahora las huelgas eran más o menos parciales, pero esta vez es general. Recuerdo que cuando ingresé en la Unión de Jóvenes, pasé un cursillo intensivo. El compañero responsable me explicó muchas cosas. Yo era obrero pero hasta ese momento había ignorado la fuerza de nuestra clase. Un día me dijo: “Tú eres electricista, ¿cuántos aparatos eléctricos usas en tu casa?”. “Ninguno”, le respondí, “nos alumbramos con faroles de petróleo, como en casi todas las casas de mi barrio”. El compañero sonrió y añadió: “¿Comprendes la cosa? Los que producen la electricidad son precisamente los que no pueden servirse de ella. Esa es la injusticia. Ahora bien, asómate a la casa de cualquiera de esos yanquis que nos pisotean aquí y verás lámparas por todas partes, hasta en las perreras. Si todos los obreros electricistas dejaran de

trabajar un solo día, veríamos a la ciudad sumida en la más completa oscuridad, pues ninguna de esa gente sería capaz de poner en marcha las máquinas que producen el fluido eléctrico”.

—Aquellas palabras me habían fascinado —prosiguió Troi—. Frecuentemente me preguntaba si los obreros llegarían a efectuar un paro general, para demostrarles nuestra fuerza. La respuesta la tuve hace unos días: la prisión sin agua ni electricidad; todo Saigón paralizado. Formamos coros en las celdas y estuvimos cantando canciones revolucionarias a toda voz, hasta que nos volvimos afónicos. Los esbirros nos reprendieron, pero continuamos cantando, pues si debemos morir, habremos visto antes hasta qué punto somos fuertes, y que tarde o temprano triunfará nuestra revolución.

Mientras Troi hablaba, yo lanzaba furtivas miradas hacia el policía encargado de vigilarnos. La ocasión que yo esperaba se presentó: el policía se había puesto a leer un periódico. Abrí rápidamente una bolsa que llevaba y saqué un traje que acababa de comprar para regalárselo a Troi. En la palma de la mano oculté el pañuelo bordado. Le pregunté bajito:

—¿Las cosas que te traigo las controlan antes que regreses a la celda?

—Sí.

Desdoblé el traje para despistar al policía y le mostré el pañuelo:

—¿Podrás quedarte con esto?

Miró el poema bordado con hilo rojo.

Muy sorprendido me preguntó:

—¿Quién lo bordó?

Esperaba esa pregunta desde que empecé a bordarlo. No cabía en mí de orgullo cuando le respondí:

—Yo misma. Aprendí con las compañeras de prisión.

Abrió los ojos denotando asombro:

—¡Muchacha, estás aprendiendo mucho! Pero sería más prudente que lo guardaras. Tengo buena memoria; en cuanto suba se lo recitaré a los compañeros. Escóndelo bien; si te lo descubren, estas bestias serían capaces de cualquier cosa. ¿Te enseñaron también las canciones?

—Unas cuantas: “La canción del comunista”, “Ropas para nuestros combatientes”, “En el Puente de Hien Luong”¹⁰,

¹⁰Puente sobre la línea de demarcación provisional entre las zonas norte y sur de Vietnam.

“La altivez del comunista”, “Tu patria: primavera del comunismo”, y algunos poemas: “La canción del condenado a muerte”, “Avanzamos”, y otros cuyos títulos no recuerdo en estos momentos.

—De manera que te aprendiste “La canción del comunista”. ¡Muy bien! Como obrera que eres, tú deber es saberte esa canción. Los hermanos mayores me han explicado que cuando hayamos instaurado la sociedad comunista se disfrutará enteramente del producto del trabajo; todos seremos felices. El Norte progresa en esa vía. Siempre he ansiado vivir como comunista, luchar como comunista, a pesar de no pertenecer al Partido.

—No podíamos copiar la letra de las canciones, por eso no puedo recordar toda la letra de algunas de ellas. El compañero que nos las enseñó fue sorprendido y recibió por ello un severo castigo. No obstante, continuó cantándolas a despecho de nuestros consejos. Nos decía que enseñar a los compañeros a cantar en la cárcel es una labor revolucionaria que inculca el optimismo y reafirma nuestra fe en la revolución.

Troi miró de soslayo:

—Si no estuviera ahí el policía, te pediría que cantaras algo. Los compañeros de prisión nos estiman muchísimo; es un sentimiento normal, desde luego, entre compañeros que tienen el mismo ideal. Trata de vivir como ellos, y si más tarde no estoy ya a tu lado, entrégate en cuerpo y alma a nuestra re-

volución. Cuando veas a tus compañeras de prisión dales un fuerte abrazo de mi parte y que les agradezco las atenciones que te prodigaron y lo mucho que te enseñaron.

Guardó silencio un momento. Después, bruscamente empezó a hablar de cosas alegres. Acariciándome el cabello, trató de consolarme:

—No vayas a llorar. Aprende a soportar los sufrimientos. ¿Por qué cuando estabas en la cárcel recomendaste que me dijeran que siempre estabas alegre, siempre cantando?

Empezó a reír, pero yo sabía bien que se estaba esforzando en parecer alegre. Reía pero con los ojos llenos de lágrimas. Sólo hablaba de cosas sin importancia, quería evitar que yo aludiera al tema de su suerte futura. De vez en cuando jugaba con la pequeña Can y le prometía que cuando fuera liberado la llevaría a pasear al embarcadero y le compraría muchos dulces. Yo recordaba que al día siguiente de nuestra boda, cuando regresábamos a casa con la pequeña Can, pasamos por el embarcadero.

Troi me recomendó que cuidara bien su mandolina. Recordaba cuando se sentaba en medio de un grupo de jóvenes y muchachos que se entusiasmaban escuchándolo. Ellos añoraban ahora las plácidas noches de luna en que Troi los deleitaba pulsando diestramente alegres canciones. Cuando se terminó la hora de la visita, me advirtió:

—Si el 15 de octubre no te dejan pasar pero te permiten entregar un paquete, escíbeme sin falta. Esperaré tu carta.

El 8 de octubre toda la prensa de Saigón anunció la ejecución de Troi para la próxima semana. Un muchacho vendedor de periódicos llegó corriendo a casa para comunicarme la noticia. El *Hoat-Dong (Acción)* publicaba la información en primera página con letras enormes: “Ejecución pública. El dinamitero del puente Cong-Ly, que atentó contra la vida de McNamara el mes de mayo, será fusilado”. Algunos periódicos revelaban sin tapujos que para hacerle frente a las manifestaciones, mítines o huelgas que se estaban desarrollando en todo el país, los yanquis y sus lacayos ejecutarían a cierto número de opositores como medida de escarmiento. Estaban tratando de contener el movimiento. Corrí a la fábrica para pedir permiso y realizar las gestiones que pudieran aplazar la ejecución. Vi a muchas compañeras de trabajo secándose las lágrimas y evitando mirarme. Ellas, que habitualmente expresaban alegría y locuacidad, no despegaron los labios. Al salir del despacho del director, una de ellas se acercó y me dijo al oído: “Parece que no es más que una amenaza; ellos no se atreverán. Mantén tu calma”.

Me dirigí inmediatamente a la barbería donde trabajaba mi padre. Ya él conocía la noticia. Terminó de atender al cliente y salimos juntos en busca de un abogado. Yo recordaba que la primera vez que visité a Troi en la prisión,

me había dicho: “No busquen a ningún abogado; eso es gastar el dinero inútilmente”. Pero ese día desobedecí su voluntad. Nadie ni nada en el mundo hubiera sido capaz de impedirme remover mar y tierra para tratar, no ya de salvarlo para siempre, sino simplemente de prolongar su vida aunque sólo fuera unos días más. Las noticias en los diarios me desgarraban el alma, pero hacían crecer en mí un vigor extraordinario. Corría incesantemente, gestionando para tratar de verlo una vez más después del 15 de octubre.

El día 11 por la tarde terminé de reunir las cinco mil pias-tras que pedía el abogado para ocuparse del caso. Yo misma las llevé y las dejé en su bufete. De regreso a casa, y mucho antes de llegar, vi al más chico de mis hermanos varones, que me esperaba subido en una escalinata y gritando:

—¡Mi hermana; a Troi no lo matarán!

Me enfadé de verdad. No quise ni mirarlo, pues no era el momento de bromear. Viéndome triste, me tendió un periódico y me dijo:

—Está en el diario. Mira la fotografía. Esto es claro como el día.

Tomé el periódico con presteza. Era cierto: en la primera página de *Thien Chi (Buena Voluntad)* aparecía Troi junto a una mesa sobre la cual se encontraba una mina y un rollo

de alambre eléctrico. Un título en gruesos caracteres decía: “Una llamada telefónica ha propuesto el cambio de la vida de un coronel estadounidense por la del Vietcong Nguyen Van Troi”. Por el título me enteré de que los guerrilleros venezolanos habían secuestrado a un coronel estadounidense y habían propuesto cambiarlo por el Vietcong Nguyen Van Troi: “Si Nguyen Van Troi es fusilado en Vietnam del Sur, una hora más tarde el coronel Smolen lo será en Venezuela”.

Me quedé aturdida, sin saber si era cierto. ¿Sería posible tal milagro? Quizás los periódicos lo han inventado, como es su costumbre.

Sin embargo, al continuar hacia casa, los vecinos del barrio se me acercaban con periódicos en las manos y me felicitaban. Todos me decían algo:

—Desde que publicaron la pena de muerte para Troi, he llorado mucho, por él y por ti también; me daba mucha lástima pensar que ibas a quedarte viuda siendo tan joven.

—Creí que iban a asesinarlo. Afortunadamente “los de allá” lo han salvado. Cuando lo veíamos por aquí, parecía muy dulce y muy callado. ¡Quién iba a decir que tuviera ese temple!

En todos los periódicos aparecía la noticia; sólo los títulos diferían entre sí. En uno se leía: “Un telefonazo de los comunistas”.

Me deshice de aquella buena gente y corrí hacia casa para pensar en todo eso.

En el trayecto, oí que alguien me llamaba:

—¡Oye, Quyen! ¡Quyen!

Era un vecino que desde la puerta de su casa me hacía señas para que fuera:

—Entra un momento... ¡es urgente!

Atravesé la calle y al llegar a la puerta me muestra dos periódicos y me dice:

—¡Verdaderamente, tienes buena suerte, muchacha! La mina no explotó, pero la verdad es que tu marido trató de liquidar al ministro de Defensa estadounidense: ¡una buena “pieza”! Es seguro que son los yanquis los que han querido asesinar a Troi, pero en los últimos minutos hubo un movimiento en el tablero: jaque al rey... y mate.

Su hija, una joven colegiala que acababa de regresar de la escuela, me abrazó exclamando:

—¡Oh, Quyen! ¡Qué alegría hemos recibido con esta buena noticia! Hace un ratito que nos enteramos. ¡Tremendo alboroto se formó en la escuela! No nos cansábamos de

hablar de Troi. Una compañera de mi clase dijo: “La persona más feliz de todo Saigón, hoy, es la esposa de Troi”. ¿Es cierto eso, hermana?, concluyó la jovencita.

Yo sonreía. No sabía qué responder. Aquello me parecía tan extraordinario que me sentía algo escéptica.

El papá continuó:

—Yo lo había dicho. Cuando Troi pasaba por ahí y se quedaba un rato con nosotros, comprendí enseguida. No se parecía en nada a los jóvenes de por aquí; eso se veía en su forma de vestir, de comer, de caminar. Nunca le oímos elogiar a los yanquis, pero cuando se trataba del Norte, ¡había que oír eso!... Bueno, no te retenemos más; vi que ibas apurada.

Salí y en unos minutos llegué a casa. Parecía que había una fiesta. Estaba llena de gente. Desde que me vieron empezaron a bromear:

—Arréglate bien para que vayas a verlo.

—¡Llora un rato si tienes ganas!

Mi casa estaba ubicada en el barrio de Phu Nhuan, habitado por pobres buhoneros que vivían al día. Pocos eran los que leían libros o periódicos. Esa pobre gente ignoraba totalmente si Venezuela se encontraba cerca o lejos de

Vietnam. Para ellos no debía estar muy lejos, puesto que habían podido enterarse tan pronto de la condena contra Troi. Pero lo que les causaba una extraordinaria sorpresa era el rapto de un oficial superior yanqui para cambiar su vida por la de Troi. Todos me formulaban preguntas a ese respecto. Francamente, ni yo misma sabía cómo era Venezuela, si era un país pequeño o grande, rico o pobre. Lo que sí pude afirmarles es que en ese país había guerrilleros que luchaban contra los yanquis, como en Vietnam del Sur, lo que explicaba la simpatía que sentían por Troi.

La casa se llenaba cada vez más. Cada uno llegaba con un periódico en la mano. Hasta el tío “A”, que jamás se había interesado por ninguna noticia, traía un ejemplar del *Song Moi* (*Vida Nueva*). Me dijo:

—Fui a vender mis esteras cuando oí decir en el mercado que el dinamitero del puente Cong Ly se había salvado del fusilamiento. Los vendedores de periódicos gritaban: “Gran noticia de última hora: una llamada telefónica para cambiar una vida humana”. Algunos gritaban el nombre de Nguyen Van Troi. Los diarios se vendían como pan caliente; yo también compré uno. No conozco ni la A ni la B, pero me bastó con ver la fotografía, y de verdad me puse muy contento.

Los que regresaban del trabajo pasaban por casa para comunicarme la noticia. Algunos no tenían tiempo de quedarse y tiraban el periódico sobre un mueble, con la fotografía y los

artículos subrayados con lápiz azul y rojo. En la casa todo el mundo reía. Me hacían miles de preguntas. Ellos creían que yo sabía muy bien el porqué de la simpatía de los venezolanos hacia Troi. Esa misma noche fui a casa de “Z” para que me explicara lo relacionado con el canje de prisioneros. Era un compañero de Troi que había asistido a nuestra boda. Fue arrestado por la pandilla de Ngo Dinh Diem, y permaneció en la cárcel varios años. Se ganaba la vida haciendo trabajos de contabilidad a domicilio. Él me explicó:

—En el mundo entero se lucha contra los yanquis. De eso me hablaba Troi cada vez que venía aquí. ¿Nunca te dijo nada?

—Sí; él me hablaba de la lucha contra los yanquis en Saigón, pero ignoro en qué forma se lucha contra ellos en otras partes.

—En Venezuela, por ejemplo, se lucha abiertamente contra ellos. Ese país se encuentra relativamente cerca de los Estados Unidos y es explotado inhumanamente por los yanquis. El petróleo abunda pero es enteramente absorbido por los insaciables tentáculos de los monopolios estadounidenses. El pueblo resiste, se rebela; hay guerrilleros y un frente de liberación, como aquí. Si tu esposo hubiera logrado suprimir a McNamara, el pueblo venezolano hubiese saltado de alegría, porque en definitiva es el mismo granuja que invade, encarcela y asesina, tanto aquí como allá. Es por ello que la pena de muerte dictada contra tu

esposo preocupa a los venezolanos. Sobra decir que allá también hay muchos presos y muchachos condenados a muerte en las prisiones controladas por los yanquis, pero los guerrilleros venezolanos acordaron la prioridad para tu marido y Vietnam del Sur.

Mostrándome en un mapa dónde se encuentra Venezuela, añadió:

—De la noche a la mañana, todo Saigón ha aprendido a conocer a ese país. Mi mujer también me pidió que le explicara cómo era que Venezuela estaba tan “cerca” de Vietnam.

Empecé a recordar que cuando estaba en la cárcel, la compañera “X”, al hablarnos de política, aludía al movimiento que desarrollaban los pueblos del mundo en favor de nuestra lucha contra los yanquis. La escuchaba sin poder imaginarme los resultados que podrían derivar de ese apoyo. “Ahora sí lo comprendo todo”, pensaba yo: “en un país lejano, nuestros amigos, o mejor nuestros hermanos saben que Vietnam del Sur lucha contra los yanquis. Y no solo saben eso; siguen tan de cerca los acontecimientos que se manifiestan aquí que hasta conocen el nombre del patriota que iba a ser fusilado por los yanquis”. Me emocionaba pensando en el poder de la solidaridad: mi esposo es uno de los que se benefician con ello. El movimiento en el cual él participa, no solo se desarrolla en Saigón, en Vietnam del Sur, sino en el mundo entero.

No oculto que me sentía orgullosa de que en todas partes se hablara del canje y, sobre todo, de saber que un país de América estaba tan estrechamente ligado a nuestro pueblo. El nombre de Troi circulaba de boca en boca y todo el mundo se alegraba de que le hubieran salvado la vida. Me reía recordando la ocurrencia de un muchachito vendedor de periódicos: había hecho un sombrero con el diario, cuidando bien que la fotografía donde Troi aparecía sonriente ante el tribunal quedara al frente y bien visible. Gritaba hasta desgañitarse: “El Vietcong, Nguyen Van Troi, salva su vida gracias a una llamada telefónica”.

La imagen de “V”, hermana de una amiga, me vino a la mente. Era una niña que vendía periódicos fuera de las horas de clase. Cuando publicaron la inminente ejecución de Troi, se acercó a mí llorando, como si se tratara no de mi esposo sino de un hermano de ella. Me imaginaba los gritos que debe haber dado pregonando los títulos de la buena noticia...

Después de un sueño bastante agitado, me levante y fui a la fábrica de miraguano Bach Tuyet donde yo trabajaba. Según iba pasando por los diversos departamentos: empaque, secado, lavadero, etcétera, las compañeras bromeaban:

—Si tu marido sale de la cárcel, el señor McNamara tendrá que dormir con un ojo abierto.

—En Saigón no se oye más que el nombre de tu marido...
¡Que gloria!, ¿verdad?

Un grupo de jóvenes obreros discutían como si ya todo se hubiera convenido. Me acerqué a ellos cuando decían:

—Seguro que el canje no se efectuará en Saigón, el FNL no lo consentirá; ni en la zona libre tampoco, no sería posible. Habrá que escoger un país neutral.

—Después del canje, Troi ira para el Norte, y su mujer, naturalmente, lo seguirá.

—¿Podría ella ir?

—¡Claro que sí! El Frente se encargara de que alguien la lleve.

—Si dejan ir al marido, tienen que dejar ir a la mujer también... a lo mejor se van juntos.

Y dirigiéndose a mí, añadió:

—¿No lo crees así, Quyen?

¡Qué alegría sentía oyendo el dialogo de aquellos jóvenes impulsados por el entusiasmo! ¡Veían ya a Troi camino al Norte y a la esposa a su lado con el corazón henchido de

felicidad! No sé si sería porque todo aquello me parecía demasiado hermoso para que fuera verdad, pero el caso es que respondí con cierta reserva:

—¿Para qué entrar en detalles si aún ignoramos los resultados?

—¡Esto es claro como el día! ¿No dicen los periódicos que si Troi es fusilado, los venezolanos ejecutarán inmediatamente al coronel yanqui...?

Después de haber realizado el trabajo matutino, almorzamos y nos sentamos a reposar. Una compañera se lamentó:

—¡Que desgracia! Dentro de poco, la fábrica perderá a nuestra pequeña Quyen. Seguramente ira al lugar donde se realice el cambio, y de allí... derechito al Norte.

Otra exclamó como envidiando mi destino:

—¡Qué suerte tienes! De la noche a la mañana, ¡up!, un salto y caes en el Norte. Todos me dirigían frases cariñosas. El buen humor reinaba en el ambiente. Yo recordaba que la víspera a esa misma hora me encontraba en el bufete del abogado buscando todos los medios de prolongarle la vida a mi esposo. Y ahora un sueño que yo jamás me hubiera imaginado germinaba en mi mente: Troi no solo será libre

sino que podrá realizar su más ansiado anhelo: ir al Norte y ver al Tío Ho¹¹.

Cada vez que hablaba del Tío Ho, y ello ocurría frecuentemente, me prometía: “Cuando estemos en el Norte iremos a su casa y permaneceremos allí hasta que lo veamos”. “Los de allá”, añadía visiblemente celoso, “lo ven continuamente, mientras que nosotros aquí deseamos verlo aunque sea una vez, y no podemos”.

¡Qué alegría debe estar sintiendo en su celda de condenados a muerte, después de haberse enterado del canje, y además, de la posibilidad de ir al Norte!

Al fin recibí su carta. El corazón me latía apresuradamente. ¿Se habrá enterado de la noticia? La carta había sido enviada por correo y era muy breve:

¹¹Nombre afectivo dado por todos los vietnamitas, al presidente Ho Chi Minh.

Chi Hoa, octubre 11 de 1964

Querida Quyen:

¿Cómo te encuentras? Hoy he tenido dolor de cabeza y estoy durmiendo bastante mal. No me siento bien; necesito aceite de eucalipto. Compra un frasco y tráemelo en tu próxima visita.

Aparte de eso, no te inquietes por mí. Saluda a la familia de mi parte. Visítalos para que te distraigas un poco. Te deseo buena salud. Espero que no olvides mis recomendaciones.

Tu Troi.

Mi pequeña Loi:

Te envió mi saludo. Me entere de que has ido a vivir con Quyen. Así es que cuando la veas triste, trata de distraerla hablándole de cosas alegres.

No se te vaya a ocurrir ponerte a llorar también.

Confío en que cumplas lo que te estoy pidiendo. Gracias anticipadas.

Troi.

En la misma carta, pero en una hoja aparte, enviaba unas líneas a cada uno, a mis padres, al pequeño Huan, a Bay que vive con nosotros, y a los vecinos, interesándose por la salud de todos y ofreciéndoles recomendaciones. Por la forma en que había redactado la carta, se podía deducir que él esperaba ser ejecutado la semana siguiente, pero no hacía la más mínima alusión a ese respecto.

Amplios informes me inducían a esperar confiadamente que él fuera salvado. En efecto, la embajada estadounidense, que había ordenado a Khanh y su pandilla asesinar a Troi, acababa de dar la contraorden para que suspendieran la ejecución. Con más efervescencia aún que los días precedentes, la prensa saigonesa relanzó el caso Troi. Su nombre aparecía en la primera página de los diarios. En algunos kioscos, los altavoces difundían la noticia: “Canje entre condenados a muerte. Un hecho único en la historia. Intervención de la embajada estadounidense”.

La víspera de mi visita a la prisión le escribí una extensa carta para entregársela al día siguiente junto con el paquete que le llevaría. Como hacía buen tiempo, aproveché para poner toda su ropa al sol, incluyendo el traje gris de corte europeo que hicieron a la medida para nuestra boda y cuya adquisición lo obligó, por primera vez en su vida y a ins-

tancias nuestras, a pedir dinero prestado. Se lo había puesto solo unas horas. “Y mi apuesto consorte lucirá otra vez este lindo traje cuando salga de la prisión”.

El 15 de octubre fui por la mañana a la prisión de Chi Hoa. En la entrada había un enorme cartel que decía: “El centro de reeducación aclama al Supremo Consejo Nacional”. Cuando me encontré en el recinto de la prisión constaté que el panorama era muy distinto al de los días precedentes. Dos hileras de gendarmes montaban la guardia desde la entrada hasta la sección de los condenados a muerte. Yo pensé: “Debe ser una guardia de honor para recibir a los consejeros nacionales que vendrán a visitar la prisión”. Con el paquete debajo del brazo, avancé entre las dos filas hacia la oficina de la sección. Puedo asegurar que nunca hubo esposa de un condenado a muerte que se sintiera tan serena, tan confiada como yo lo estaba en esos momentos. Mientras caminaba, iba pensando: “Si pudiera verlo, ¡qué placer sentiría yo comunicándole la noticia! Le diría de memoria los artículos que sobre el caso han publicado los periódicos; el alboroto de los habitantes de Saigón cuando se enteraron del canje”. Esperé más de media hora; al fin un policía vino a decirme: “La prisión organiza hoy una recepción excepcional. La visitas a los prisioneros han sido suspendidas y la entrega de paquetes también. Así que vuelva otro día”.

Le rogué que le entregara el paquete a Troi. Se negó. Me dijo que podía ir por la tarde si lo deseaba. Eran las 10 de la

mañana. Salí por entre las dos filas de gendarmes y me crucé con un grupo de periodistas vietnamitas y extranjeros cargados de cámaras fotográficas y caminando deprisa. Al llegar a la salida tuve que echarme a un lado para darle paso a un vehículo que estaba transportando un ataúd. “Otro pobre prisionero más que muere”, pensé. Los alrededores de la prisión no lucían como hacía un rato. Numerosos policías bien armados se mantenían a lo largo de la calle Hoa Hung. Cuando llegué al lugar donde había dejado la bicicleta, oí que alguien decía:

—Es la mujer del dinamitero. Seguro que es ella. ¿Por qué se iría?

La gente de por allí me conocía por haberme visto muchas veces esperando delante de la prisión o comprando frutas o algunas golosinas para llevarle a Troi. Simpatizaban conmigo y querían mucho a mi esposo. Cuando iba a comprarle algo escogían lo mejor y me decían: “A clientes como usted nos alegra darle la mercancía al costo”.

Me disponía a montar en la bicicleta cuando una señora visiblemente entristecida se acercó a mí:

—¿Por qué te marchas? ¿No has venido a ver a tu marido? Lo van a fusilar... Insiste para que te dejen verlo.

Me puse a temblar, pero me controlé pensando que podría tratarse de alguna mala interpretación.

—Sí; lo han publicado y lo hemos leído. Precisamente, esta mañana nos sentíamos contentas por ti. Para nosotros que desde hace tanto años rondamos por esta prisión, era la primera vez que se daba el caso de un canje entre condenados a muerte. Pero no se ha mantenido el compromiso. Allá, liberaron al yanqui; y aquí, ellos van a asesinar a tu marido. Los policías nos confirmaron que van a fusilar al dinamite-ro del puente Cong Ly.

Me parecía tan imposible que me resistía todavía a creerlo. Otra señora que estaba presente me tomó por el brazo y me llevó a su casa, a dos pasos de allí. Con voz temblorosa me dijo:

—Hija mía; esos policías no han mentido. Lo trajeron esta mañana para fusilarlo. De un momento a otro lo van a fusilar. Trajeron un ataúd; los periodistas han venido para tomar fotografías. Escúchame, vuelve allá. Un policía que conozco me lo contó todo.

Ya no había duda. Salí enloquecida, llorando y corriendo hasta la entrada de la prisión, pero la puerta de hierro estaba cerrada. Los policías me pararon. Enfurecida, les dije gritando:

—¡No tienen derecho a matar a mi esposo! ¡No tienen derecho! ¡Déjenme entrar! ¡Déjenme entrar!...

Un policía me agarró por las dos manos.

—La orden es de no dejar entrar a nadie: búsquese primero una autorización.

Me alejaron y de nuevo me planté en la entrada.

Llorando y gritando exigía que me dejaran ver a Troi. Estaba enloquecida pensando que quizás en esos momentos estaban conduciendo a Troi al poste de ejecución. No podía quitar la vista del sector donde se encontraba detenido. Mientras tanto, los policías me empujaban cada vez más alejándome de la entrada. Rápidamente cogí la bicicleta para regresar, quizás mi padre encontraría alguna manera de salvarlo. Una vez más, la gente me paraba en la calle para preguntarme: “¿Por qué regresa? ¿No la han dejado entrar?”.

—Por más que insistí, no me lo permitieron. Ahora hay un grupo delante de la puerta que prohíbe la entrada... Voy corriendo a buscar a mi padre para ver si puede hacer algo.

Todos indignados irrumpieron en imprecaciones:

—¡Qué salvajes son! ¡Asesinar a la gente sin permitir que la vean por última vez!

Llegué a casa de mis padres y encontré también al papá de Troi que había venido de Quang Nam al enterarse del canje. Cuando les comuniqué la terrible noticia, salimos corriendo a ver al abogado. El letrado se negaba a creerlo, diciéndonos:

—No es posible. Hay orden de suspender la ejecución. Si hubiera alguna alteración a ese respecto, tendrían que prevenirme. Ellos no pueden olvidar que soy el abogado defensor. Debe ser otra persona la que ha sido ejecutada.

—Pero —le dije— desgraciadamente todas las personas que se encontraban cerca de la prisión me afirmaron que se trata del dinamitero del puente Cong Ly. ¿No podría usted informarse?

El abogado continuaba confundido, no le daba crédito a mis palabras. Al fin, insistí tanto que se decidió a telefonar a la prisión de Chi Hoa. Cuando le respondieron, se identificó y formuló la pregunta. Súbitamente cambió de expresión: “Sí, sí comprendo”. Colgó el receptor:

—Acaban de fusilar a su esposo. A las once nos arreglaremos para retirar el cadáver.

Me senté en una silla para no caerme. Apoyé la frente en el borde de la mesa del abogado y prorrumpí en llanto. Mi padre, que también lloraba, me apremió: “Ahora trata de

encontrar el cuerpo de tu marido; no se puede contar con ellos”. Salimos y en la misma puerta de bufete alquilé un taxi. Recorrí todos los cuerpos de seguridad y tribunales para indagar dónde se encontraba el cadáver de mi esposo. Se hacían los desentendidos enviándome de un lugar a otro; no titubeaban para engañarme.

Indagué en todos los cementerios de la ciudad.

El chofer del taxi, sorprendido de verme correr de un lado a otro, me preguntó:

—¿Podría decirme qué busca usted con tanto ahínco?

—Han asesinado a mi esposo y no sé dónde lo han enterrado.

—¿Por qué lo mataron?

Subí al taxi sin responder a su pregunta. En el momento de arrancar se volvió hacia mí e insistió:

—¿Qué ha hecho su marido? ¿Por qué lo mataron?

—Intentó volar el puente Cong Ly.

—¡¡Cielos!! —exclamó con tanto énfasis que los peatones tornaron la cabeza—. ¡Pero si es Troi! ¡Nguyen Van Troi! ¿No es así?

El llanto, que hasta ese momento había permanecido oculto dentro de mi pecho, ante la sincera exclamación del aquel obrero que pronunciaba el nombre de mi esposo como si se tratara de un viejo amigo, brotó impetuoso, sin dejarme articular palabra. Solo pude asentir con un gesto.

Tomó un periódico que estaba sobre su asiento, y mostrándomelo dijo:

—Mire, aquí mismo está publicada la suspensión del fusilamiento, y no obstante lo han matado... ¡Canallas!

No quise mirar al diario para no avivar más las llamas del dolor que abrasaban mis entrañas. Le rogué que me condujera a otro cementerio, si aún quedaban algunos que no hubiéramos visitado ya.

Desde ese momento íbamos a gran velocidad por todas partes. No sé cuántos cientos de kilómetros habíamos recorrido. Me sentí mareada. Cuando llegamos a la piqueta del mercado principal, le hizo señas a unos choferes para que se acercaran:

—Asesinaron a Troi esta mañana.

Se miraron unos a otros denotando perplejidad; al fin, uno objetó:

—¡No puede ser! La propia embajada yanqui le ordenó a los títeres suprimir la ejecución.

Señalándome, les dijo:

—La señora es su esposa. Está buscando el lugar donde lo enterraron.

—¿Es cierto? —me preguntaron con asombro.

—Sí.

Volvieron a mirarse. Esta vez había consternación en sus miradas. Nos dirigimos a Gia Dinh. Nuestra búsqueda fue vana. Después de haber corrido todo el día, no habíamos obtenido ni el más somero indicio. Ya de noche, nos detuvimos cerca de mi casa, pues el mal estado de las calles impedía que el taxi llegara hasta allá. El pobre chofer estaba sudoroso. Se bajó y me dijo:

—Voy a tratar de informarme esta misma noche. Si me entero de algo, vendré a decírselo.

Le pagué. Contó los billetes y me devolvió la mitad:

—Con esto tengo para la familia hoy. Utilice el resto para seguir buscándolo mañana.

A la mañana siguiente conseguí un periódico. Por este supe que Troi había sido inhumado en el cementerio municipal. Fui allá con algunos de mis familiares y colocamos un epitafio en su tumba. Observé que los esbirros espiaban nuestros gestos: nos rondaban y nos fotografiaban.

Mi madre no se había enterado aún de la muerte de Troi. Había ido temprano a Binh Long, cerca de Bien Hoa, a comprar carne y frutas para llevárselas a la prisión. Cuando regresó a la casa, apenas había atravesado el umbral de la puerta cuando la pequeña Can le dice:

—¡Mamá, fusilaron a Troi!

Mi madre perdió la ecuanimidad. Empezó a llorar y a proferir imprecaciones contra los yanquis y la pandilla de Khanh. Los vecinos acudieron. Los policías, que nos vigilaban de cerca, se plantaron delante de la puerta. Temiendo las complicaciones, papá le aconsejó:

—Sé que para ti es muy dolorosa la pérdida de tu yerno, pero no te exaltes demasiado. Trata de controlarte.

—Tú lo quieres a tu manera y yo a la mía. No oculto mi dolor ni mis deseos de injuriar a esos salvajes que han asesinado a mi muchacho. ¡Que me maten si quieren! ¡No les temo y no me callaré! ¿Cómo un muchacho como él puede morir? ¡Jamás tendré un yerno como Troi!

Estaba loca de dolor y de odio. De Khanh Hoy fue a casa, a Phu Nhuan. En el trayecto vio una bandera del gobierno títere en la ventana de un tal Bay. La arrancó, la hizo pedazos y la pisoteó con furia. Cuando llegó a casa, tuvo una nueva crisis al ver una fotografía de Troi. Siguiendo las costumbres del Norte, mamá fue a la pagoda de Khanh Hoy para pedir que organizaran siete semanas de oraciones por la paz del alma de Troi.

Desde la primera semana, los bonzos superiores pusieron una gran pizarra en la puerta de la pagoda. Decía:

“El 22 de octubre de 1964, a las 7 de la noche, comenzaremos las oraciones por el alma de Nguyen Van Troi. Invitamos a todos los fieles a asistir”.

Ese día, desde muy temprano, los sabuesos chivatos rondaban por la pagoda. Yo temía que nadie se atreviera a ir, pero no fue así. Acudió mucha más gente que de ordinario, llevando flores y varitas de incienso. La ceremonia me consoló mucho. Desde su muerte, la población de Saigón repartía panfletos exaltando la entereza indolegable de Troi y condenando a los yanquis y a Khanh. Un chofer que llevaba materias primas a la fábrica donde yo trabajaba, me dijo un día que a pesar de lo bien custodiado que estaba todo, en la autopista de Bien Hoa se veían grandes carteles que decían: “¡Viva el espíritu inmortal de Nguyen Van Troi!”.

En muchos cafés y restaurantes conservaban para sus clientes los periódicos del 16 de octubre de 1964, en los que aparecía la foto de Troi en los momentos de la ejecución. Aquella mañana cuando se divulgó la noticia, la consternación fue general. Mamá “M” me contó que el jefe del puesto de policía del mercado municipal de Ben Thanh, un torturador, exclamo furioso: “¿Qué se cree la gente, que la muerte de ese Vietcong es un duelo nacional?”.

Por la noche, desdeñando el peligro que constituía la presencia de los policías en los alrededores de la pagoda, la gente acudía cada vez más numerosa a orar por el alma de mi esposo. Al verme vestida de luto, muchas lloraban haciéndome preguntas: “¿Cuándo se casaron? ¿Dónde trabajas? ¿Dónde nació Troi?”. Una anciana me preguntó: “¿Cómo pudo ese muchacho ser tan valiente? Él se sacrificó por la patria y tú sufres su irreparable pérdida. Te compadezco sinceramente. Si no fuera porque estás tan vigilada por los esbirros, te pediría que vinieras a vivir a casa”.

—Ya es bastante con lo que hacen, abuelita, acudiendo a la ceremonia, a pesar de toda esa banda de policías.

Las que no se atrevían a acudir, rezaban en sus casas. Algunas abuelitas decían: “Si él fue tan valiente ante la muerte, lo menos que podemos hacer nosotros es ir a la pagoda a orar por su alma”.

La compañera “K” asistió también a la ceremonia. Unos días antes me había dicho muy alegre: “Cuando lo liberen, seguramente organizarán una fiestecita en la casa... no dejes de avisarme”. Desgraciadamente nuestra alegría duró poco.

Esa noche me decía:

—Me enteré hace un momento de que habían organizado la ceremonia. Corrí a comprar flores y unas varitas de incienso. ¿Has oído la Radio de Liberación y Radio Hanói?

—No tengo radio, además, no me hubieran dejado oírla.

—Ha sido honrado con el título póstumo de Héroe de Vietnam del Sur y condecorado con la medalla: “Baluarte de Bronce”¹². En veinte años de guerra de resistencia en Vietnam del Sur, es la primera vez que una persona recibe tan alta distinción. Es un honor que debe ayudar a consolarte.

—Yo estaba ya al corriente de lo que acabas de decirme. Lo leí en un folleto que repartieron por la ciudad.

Numerosas personas me rodeaban. Cuando supieron que no me dejaron ver a mi esposo en los últimos momentos y que además no me entregaron el cadáver, se oyeron sollozos y

¹²Nombre dado por el presidente Ho Chi Minh al pueblo survietnamita, por su espíritu de lucha firme, constante y heroica.

exclamaciones iracundas. La ejecución fue publicada en la prensa con todos sus detalles. Fue entonces que se conocieron las atrocidades de que fueron víctimas Troi y sus compañeros.

A la cuarta semana, me dispuse a visitar Quang Nam, la provincia natal de Troi. Como era la primera vez que iba, temía no poder regresar a tiempo para la ceremonia siguiente, pero los compatriotas me tranquilizaron diciéndome: “Él murió por nosotros; nuestro deber es rezar por él. Nos ocuparemos de todo. Trata de conseguir una fotografía de manera que el 1.º y el 15 de cada mes podamos ofrecerle flores y quemar incienso”.

Regresé a tiempo para la última semana de oraciones. La afluencia no tenía precedentes. Todos me hacían preguntas acerca de mi viaje. Con pocas palabras les explique: “Los combatientes de la liberación me contaron cómo habían vengado la muerte de Troi. Organizaron reuniones en las cuales exponían, como ejemplo que debía imitarse, la conducta de Troi. Me cantaron canciones dedicadas a él. Consolaron a los familiares de mi esposo y los exhortaron a participar en la acción revolucionaria para que fueran dignos parientes de un héroe nacional condecorado con la más alta distinción del Frente”.

Cuando salía de la pagoda, se acercó a mí una muchachita y me entregó una carta de la compañera “X”. Por esa carta

supe que desde su evasión había permanecido en Saigón. Fue para mí motivo de gran alegría, pues necesitaba ponerme en contacto con ella para pedirle algunos servicios.

Ya en casa, cerré todas las puertas y ventanas y me dispuse a leer la carta a la luz de una lámpara.

No puedo ir a tu lado para compartir tu dolor. Sé que sufres, es normal, pero estoy segura de que te sientes orgullosa. Nosotras también nos sentimos orgullosas de tener un compañero cuya muerte ha sacudido a la nación y al mundo entero. Ayer oímos la emisión “Poesía” de Radio Hanoi. El poeta To Huu, autor del poema “Adelante”, declamó ante el micrófono un poema dedicado a Troi. Sentimos no haber podido copiar la letra, pero dentro de unos días la obtendré de un grupo de colegas que coleccionan los poemas de To Huu. Nuestros escritores y poetas han empleado los más nobles términos para exaltar a “ese gran joven, la más resplandeciente estrella de la época de Ho Chi Minh”. Su muerte ha sido tan hermosa que los estudiantes y obreros que conozco dicen: “Si hay que morir, que sea como él”. Han recortado fotografías de las que publicaron los periódicos y las han pegado en los carnés. Un grupo coleccionó decenas de ellas pegándolas por sus extremos unas con otras como si fuera una película: se ve a Troi desde que sale

de la celda de los condenados a muerte hasta el momento en que lanza su último llamamiento. Su vida de simple obrero electricista se ha convertido actualmente en un ejemplo glorioso para los obreros y estudiantes. Algunos han exhibido clandestinamente las películas que filmaron los periodistas en los últimos momentos de Troi. ¿No sabes que un grupo de jóvenes han erigido monumentos en su memoria en el mismo corazón de la ciudad, en el puente de Da Kao, frente al estadio de la República, y hasta en la misma prisión de Chi Hoa? Tú sabes bien lo vigilada que está esa prisión; y a pesar de eso, un grupo logró entrar y colocar una estela junto al poste de ejecución. Hasta la fotografiaron antes de retirarse. Muchas de las personas que se enteraron dudaban de que tal hazaña hubiera podido realizarse, tratándose de esa cárcel. Más tarde tuvieron que aceptar la veracidad del hecho al ser confirmado por los propios guardianes de la prisión. El enemigo ha creído que asesinando a Troi acabaría con el movimiento revolucionario, pero el efecto ha resultado totalmente contrario. Nuestros compañeros miembros vienen a pedirnos que les confiemos misiones en las que puedan liquidar yanquis para vengarlo. Una campaña de adhesión a la “Promoción Nguyen Van Troi” ha tenido gran éxito. Toda nuestra “cadena” se ha comprometido a seguir su ejemplo, su actitud, sus frases y su vida, que tú me relataste en la prisión. He sabido que han organizado

las oraciones para el reposo de su alma. He enviado a esta pequeña amiguita para que deposite flores y varitas de incienso en la pagoda y te entregue la presente. Deseo hacerte una recomendación: tratar de vivir una vida digna de Troi. Por mi parte, debo ayudarte. Volveré a escribirte. En la próxima te comunicaré algunas sugerencias concretas.

Nguyen Van Troi logró establecer contactos con la organización revolucionaria clandestina de Saigón y pronto se convirtió en uno de los activistas más destacados.

Integró la Unión de Juventud Popular Revolucionaria. El 17 de febrero de 1964, se presentó como voluntario para formar parte de una unidad especial de acción armada. En su autobiografía Troi escribió: “He crecido formado por la Revolución. Mi padre era combatiente de la Resistencia antifrancesa y fue torturado por el enemigo hasta quedar inválido. Llevo en mi corazón un odio incontenible hacia los enemigos de la Patria. He llegado a Saigón con la firme decisión de continuar la obra revolucionaria de mi padre...”.

Cuando se enteró de que McNamara arribaría a Saigón en mayo de 1964 para poner en práctica los planes de extensión de la guerra de agresión contra el pueblo, Nguyen Van Troi empezó a formar un plan de acción para castigar al cabecilla del Pentágono yanqui. Su plan fue aprobado por el estado mayor de su unidad. Pero considerando que Troi iba a casarse en aquellos días, los compañeros no quisieron permitirle que participara en la operación. Troi suplicó: “Déjenme contribuir a la ejecución del plan, aunque sea en una pequeña parte”.

Fue capturado a las diez de la noche del 9 de mayo de 1964, cuando iba a terminar su misión de minar el puente de Cong-Ly en la carretera que conduce al aeropuerto de Tân Sơn Nhut, en Saigón, por donde debería pasar McNamara. El enemigo no escatimó ninguna clase de torturas, empleando las más refinadas para hacerlo hablar. Obtuvieron siempre la misma respuesta del héroe: “Quise matar a McNamara porque es enemigo de la Patria. Acepto toda la responsabilidad de mi acción”. Cuatro meses pasó Nguyen Van Troi en la prisión central de Saigón —Chi Hoa—; cuatro meses de torturas ininterrumpidas, de amenazas y de intentos de soborno por parte de los captores. Todo en vano. Troi siempre contestaba: “Cumplí con mi deber hacia la Patria. No tengo nada más que decir”. Intentó varias veces fugarse de la cárcel para regresar a las actividades revolucionarias. Una vez saltó desde el segundo piso de la comandancia de la policía de Saigón, pero cayó en el techo de un auto en marcha. Se fracturó una pierna; el enemigo redobló las torturas. Troi quedó casi completamente paralítico.

El 10 de agosto de 1964, el tribunal fascista de los lacayos condenó a Troi a la pena capital. Como última palabra al tribunal, Troi declaró: “Quiero ser breve. Lamento no haber podido matar a McNamara”.

En la celda de los condenados a muerte decía a sus compañeros: “El enemigo quiere matarme. No tengo miedo a la muerte. Siento solamente haber sido capturado tan pronto

sin haber podido terminar mi misión. Siento no poder continuar la lucha por la liberación de mi pueblo y de mi clase y de realizar el ideal de mi vida. Quiero vivir y luchar como un comunista a pesar de que no he tenido el honor de ser miembro del Partido Popular Revolucionario, partido de la clase obrera”.

En su celda de condenado a muerte recibió la visita de su esposa, con quien vivió apenas algunos días después de su matrimonio. Habló, rio y en ningún momento se mostró triste o apenado.

A principios de octubre de 1964, los verdugos decidieron fusilar a Troi para tratar de aterrorizar al pueblo y detener el movimiento antiyanqui que iba creciendo en las ciudades. El heroísmo de Troi conmovió a los patriotas de Venezuela en las antípodas del globo terráqueo. Las FALN de Venezuela capturaron en pleno centro de Caracas al teniente coronel yanqui, Michael Smolen, subjefe de la misión de las fuerzas aéreas estadounidenses. Y declararon: “Si los yanquis y lacayos en Vietnam del Sur asesinaran a Nguyen Van Troi, una hora más tarde el coronel yanqui sería ajusticiado por las FALN de Venezuela”. Temerosos por la vida del coronel yanqui, en Washington ordenaron a los verdugos de Saigón que aplazaran indefinidamente la ejecución de Nguyen Van Troi. El 3 de octubre las FALN liberaron al coronel yanqui.

El 15 de octubre de 1964, violando sus compromisos, a las 9:50 de la mañana, los yanquis y sus agentes de Saigón llevaron a Troi al traspatio de la prisión de Chi Hoa y a las 9:59 a.m., Troi caía bajo las balas yanquis del pelotón de ejecución.

En el breve lapso de los últimos nueve minutos de su vida, Troi permaneció sereno, tranquilo y heroico como siempre, no perdiendo oportunidad alguna para atacar al enemigo. Desde la puerta de su celda, hasta el lugar de la ejecución, la distancia era apenas de 50 metros. Troi andaba difícilmente a causa de la pierna fracturada, pero no se quejaba. Iba vestido de blanco, entre las filas de soldados armados de fusiles con las bayonetas caladas. Lo esperaban algunos corresponsales de la prensa vietnamita y extranjera. Habló Troi:

“Por no haber podido soportar la muerte de mi pueblo y la humillación de mi patria, he luchado contra el imperialismo yanqui. No soy culpable a los ojos de mi pueblo y de mis compatriotas. Yo he luchado contra el imperialismo yanqui y no contra mi pueblo. Amo entrañablemente a mi Vietnam querido. Nunca he estado contra mi pueblo. He luchado contra los yanquis que han agredido a Vietnam del Sur, que han venido a traer tanta desgracia, dolor y muerte a mis compatriotas”.

Un sacerdote católico y un monje budista enviados por el gobierno títere le pidieron a Troi que se confesara, que se arrepintiera y que rezara. Troi les dijo con calma: “No me

hace falta representar esta farsa, no tengo nada de qué arrepentirme”.

Los verdugos, atemorizados, no le dejaron continuar hablando y trataron de vendarle los ojos. Con un gesto, Troi los rechazó:

—No lo necesito. Déjenme ver por última vez a mi tierra querida.

Temblorosos, los ejecutores doblaron el cuerpo de Troi por la fuerza, le pusieron la venda en los ojos y lo ataron fuertemente al poste de fusilamiento. Nguyen Van Troi se enderezó y gritó a toda voz:

—¡Recuerden mis palabras!

—¡Abajo los yanquis!

—¡Abajo Nguyen Khanh!

Y tres veces gritó: ¡Viva Ho Chi Minh!

—¡Fuego! —gritó el oficial.

—¡Viva Vietnam! ¡Viva Vietnam! —se confundió la voz de Troi con las detonaciones.

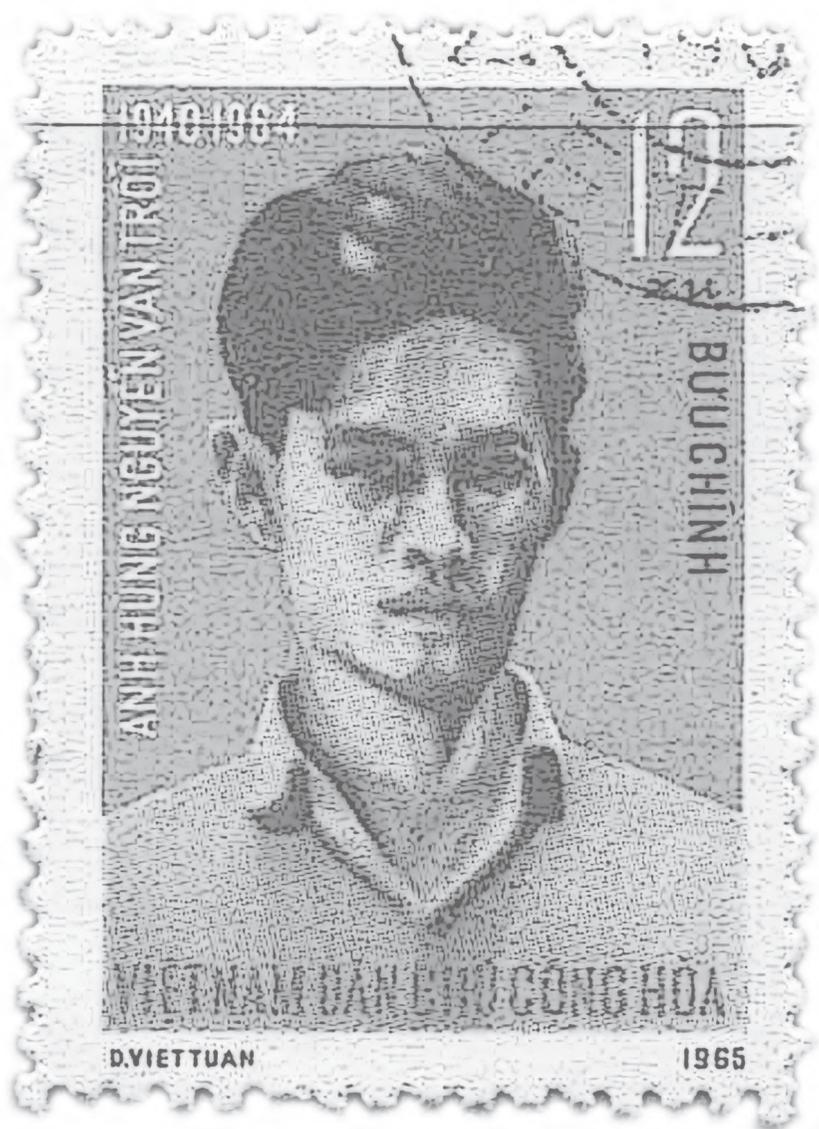
Nguyen Van Troi murió a las 9 y 59 minutos del 15 de octubre de 1964, en el patio de la prisión de Chi Hoa. Murió como un comunista.

El Presídium del Comité Central del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur, en nombre de los 14 millones de survietnamitas, otorgó al mártir **NGUYEN VAN TROI** el título de **HÉROE** y la medalla **BALUARTE DE BRONCE DE LA PATRIA** en primera clase. El Partido Popular Revolucionario de Vietnam tomó la decisión de considerar a **NGUYEN VAN TROI** como miembro del Partido.

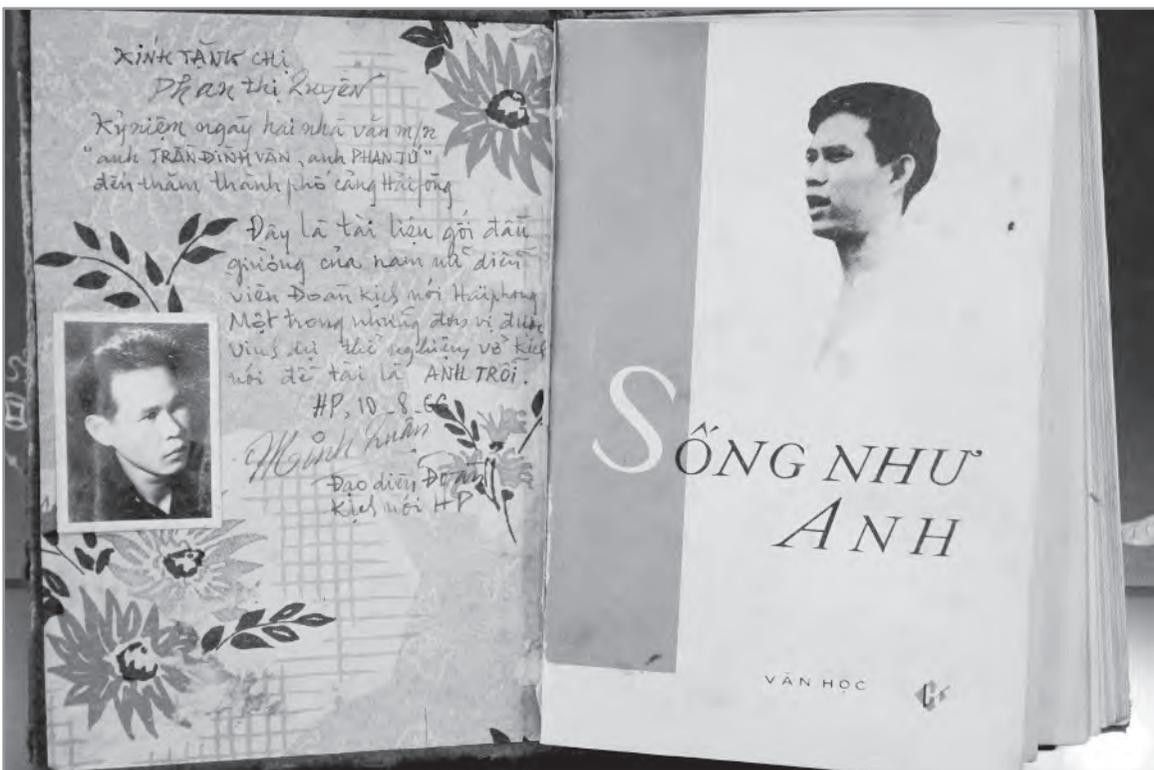


Ni aun la cercanía de la muerte
pudo doblegar la firmeza revolucionaria
del joven héroe Nguyen Van Troi.
Sus últimas palabras fueron:

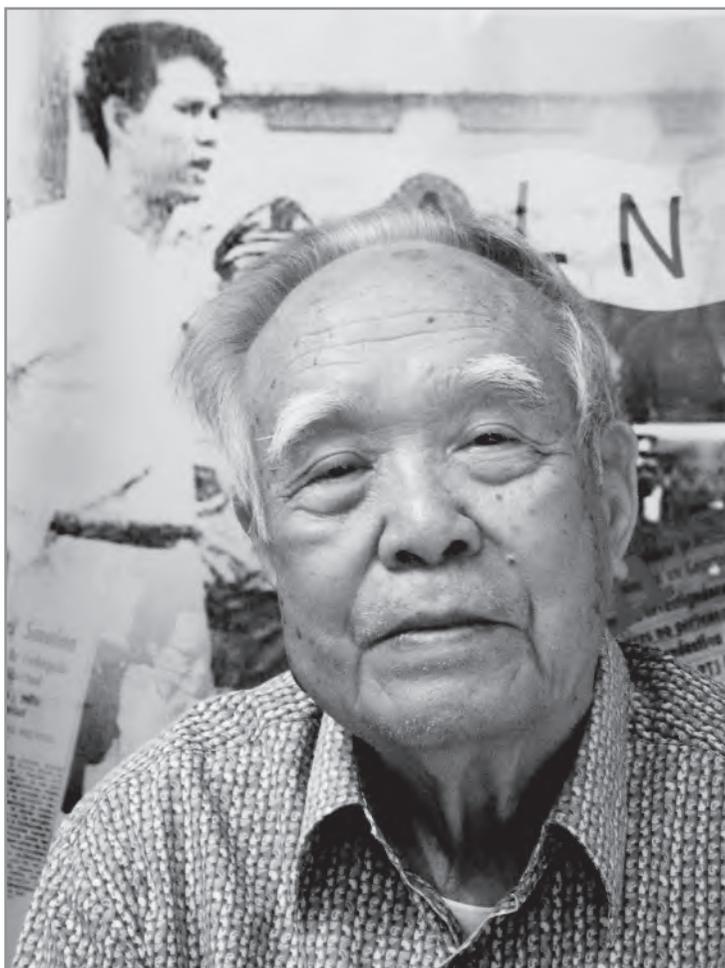
¡Abajo los yanquis!
¡Abajo Nguyen Khanh!
¡Viva Ho Chi Minh!
¡Viva Vietnam!







Ejemplar de la primera edición del libro Vivir como él (1965) perteneciente a Phan Thi Quyen, viuda del héroe vietnamita Nguyen Van Troi (Foto Ángel Miguel Bastidas).



El escritor Tran Dinh Van, quien utilizó el seudónimo Van Hoc, porque eran años de lucha clandestina en el sur de Vietnam (Foto Ángel Miguel Bastidas).



Nguyen Van Troi con su esposa
Pham Thi Quyen el día de la boda.



La pequeña Quyen, como le decían en el vecindario, fue comisionada por el Partido Comunista de Vietnam para entregarle al comandante Fidel Castro una sandalias que pertenecieron a Ho Chi Minh.



Nguyen Van Troi y Nguyen Huu Loi, minutos después de ser capturados por la policía cerca del llamado entonces puente Cong Ly, en las afueras de Saigón.



Huynh Minh Trung, Nguyen Huu Loi y Nguyen Van Hua, formaron parte del comando que dirigía Nguyen Van Troi en Saigón.
(Foto Ángel Miguel Bastidas).



El puente Cong Ly (Justicia), hoy moderno,
y en pleno Ciudad Ho Chi Minh
(Foto Ángel Miguel Bastidas).



Carlos Rey, Argenis Martínez, Raúl Rodríguez, Vu Xuan Hong (presidente de la Unión de Asociaciones de Amistad de Vietnam), Vu Van Hien (Presidente de la Asociación de Amistad Vietnam Venezuela), Tran Thanh Huan (exembajador de Vietnam en Venezuela), Noel Quintero y Octavio Beaumont, presidente fundador de la Casa de la Amistad Venezuela Vietnam (Foto Ángel Miguel Bastidas).



Phan Thi Quyen y Luis Correa, quien era el Comandante de la Brigada Uno de las FALN, a la cual pertenecía la Unidad Táctica de Combate (UTC) *Iván Barreto* que capturó al militar yanqui Michael Smolen
(Foto Ángel Miguel Bastidas).



El altar de los ancestros en honor a Nguyen Van Troi, en la casa de Thi Quyen (Foto Ángel Miguel Bastidas).



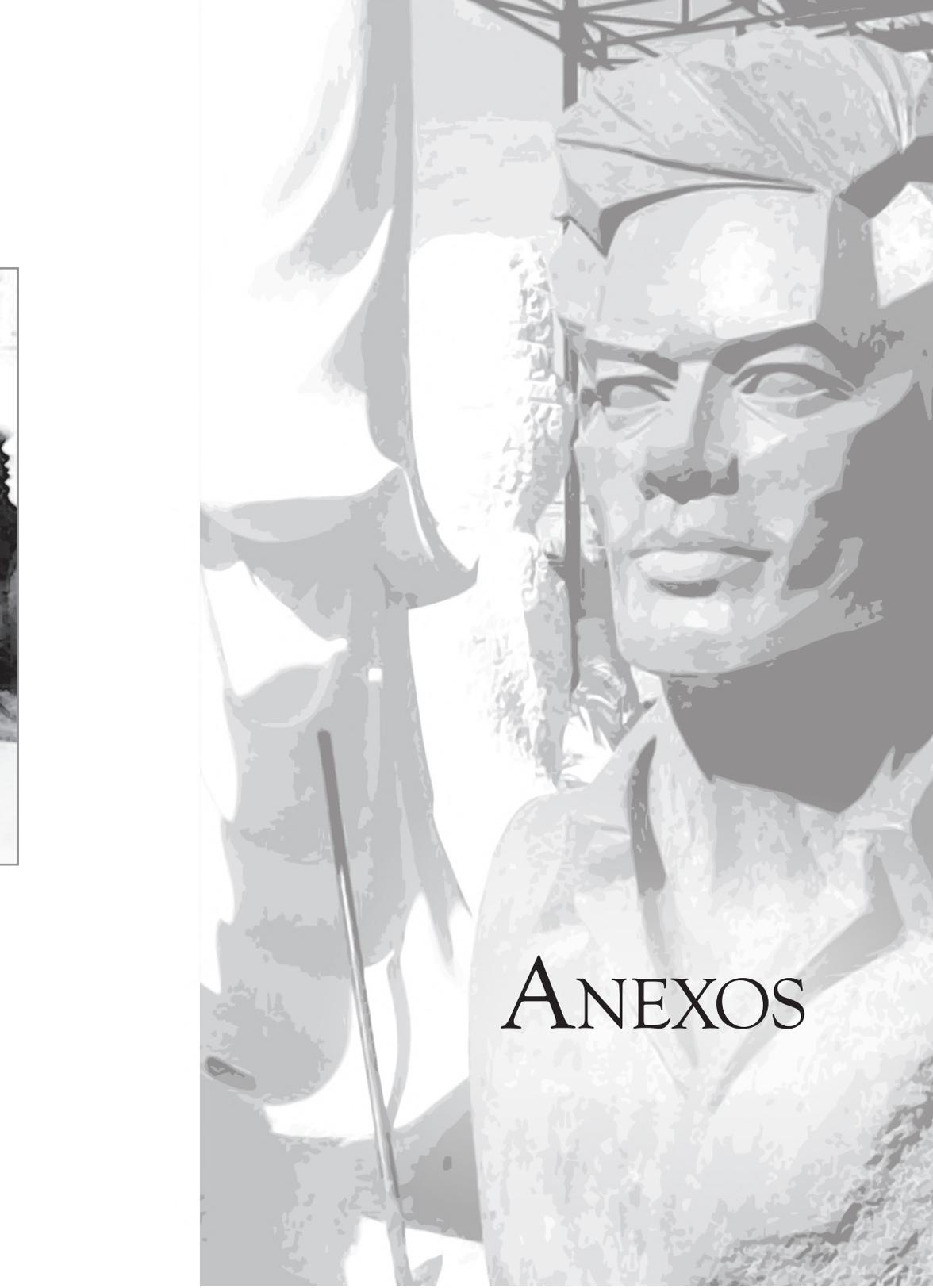
La plaza Nguyen Van Troi en Ciudad Ho Chi Minh
(Foto Ángel Miguel Bastidas).



Acción heroica en Venezuela por Vietnam.



Melba Hernández, heroína del Moncada y primera embajadora de Cuba en Vietnam, con el Tío Ho y una guerrillera vietnamita.



ANEXOS

¿Cómo era que Venezuela estaba tan “cerca” de Vietnam?

Ángel Miguel Bastidas
Hanói/Vietnam

Phan Thi Quyen dice, en su relato, recogido en el libro *Vivir como él*, que no entendía cómo en un país tan desconocido para los vietnamitas habían tratado de salvar a su esposo. Todo el mundo le preguntaba si Venezuela estaba cerca o lejos.

Su angustia la llevó a la casa de un amigo de Troi bien informado, para que la sacara de dudas:

Mostrándome en un mapa dónde se encuentra Venezuela, añadió:

—De la noche a la mañana, todo Saigón ha aprendido a conocer a ese país. Mi mujer también me pidió que le explicara cómo era que Venezuela estaba tan “cerca” de Vietnam.

...Y estaba cerca

Cuando rugían los cañones en la explanada de Dien Bien Phu, al noroeste de Vietnam (1954), muy poco se sabía en Venezuela, que a más de 17 mil kilómetros, “al otro lado de mundo”, un pueblo pobre y humilde enfrentaba heroicamente al poderoso y moderno ejército francés, en defensa de su territorio y derechos elementales.

Sólo la prensa comunista clandestina de la época daba algunos trazos informativos, en medio de la persecución política de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, que mantenía en prisión a miles de militantes revolucionarios venezolanos.

La información sobre los acontecimientos en Laos, Camboya y Vietnam, comenzó a llegar a Venezuela con más nitidez y frecuencia al aparecer en el espectro radioeléctrico la señal de la emisora guerrillera Radio Rebelde, activada desde la Sierra Maestra, al oriente cubano, y tras la caída del régimen perezjimenista en 1958.

El triunfo de la *Revolución de los Barbudos*, bajo el mando de Fidel y Raúl Castro, del Che y Camilo Cienfuegos, entre otros jefes guerrilleros, y la lucha del pueblo vietnamita, se fue transformando en bandera de los movimientos revolucionarios, cual inspiración de lucha frente a los gobiernos entreguistas y proyanqui, que habían sucedido a las dictaduras latinoamericanas.

Yankees get out from Vietnam

En paredes y muros, en pancartas, y otros medios escritos, comenzó a sentirse con fuerza, en las principales ciudades venezolanas, los mensajes rebeldes y solidarios escritos bajo la penumbra de la clandestinidad.

Cerca de los lugares de afluencia de turistas extranjeros o en manifestaciones masivas, podían leerse las consignas *Yankees get out from Vietnam* o *Yankees get out from Cuba; Vietnam si, Yankees no; Cuba si, Yankees no; Ho, Ho, Ho Chi Minh*, y otros gritos rebeldes, considerados subversivos y procomunistas por los gobiernos lacayos de Estados Unidos.

Al este de Caracas se hicieron frecuentes las protestas frente a la embajada de Estados Unidos, cuyas paredes, manchadas de pintura rojas o negra, mostraban las huellas de las masivas manifestaciones antiestadounidense, de repudio a la agresión al pueblo vietnamita, protagonizadas durante la década de los 60 por estudiantes y trabajadores.

La bandera azul-roja de estrella dorada, de la República Democrática de Vietnam, flameó en cientos de manifestaciones, muchas de ellas reprimidas con gases lacrimógenos y armas de fuego, en la mayoría de casos con saldo de muertos y heridos, y miles de detenidos.

Antecedentes de una hermandad revolucionaria

Los movimientos de liberación nacional que habían emergido a mediados de la década de los 50 del siglo XX, en los esclavizados países de África y Asia, no tardó en impactar a la realidad latinoamericana, plagada para entonces de dictaduras militares bajo el sustento del imperialismo estadounidense.

Entre 1956 y 1963, cuarenta colonias habían roto las cadenas de la esclavitud en Asia y África, entre ellas la Indochina, con una resonante batalla escenificada al noroeste de Vietnam, Dien Bien Phu, donde quedó sepultado el colonialismo francés.

En América Latina, las masas populares, inspiradas en la subversión mundial contra el colonialismo y el imperialismo, acabaron con las dictaduras pronorteamericanas y le abrieron paso a gobiernos democráticos, que no tardaron mucho en darle la espalda al pueblo que había enfrentado y derrotado a sus opresores, como sucedió en Venezuela.

Diferente fue lo sucedido en Cuba, donde un movimiento guerrillero, liderado por Fidel Castro, el Che Guevara, Raúl Castro, Celia Sánchez y Camilo Cienfuegos, entre otros líderes, dio al traste con la dictadura de Fulgencio Batista y al poco tiempo, ante el acoso imperialista, se declaró socialista con el apoyo de la Unión Soviética.

El triunfo de la Revolución cubana estremeció la región. Nacieron numerosos frentes guerrilleros, desde México hasta la Patagonia, para enfrentar a los gobiernos socialdemócratas que le habían abierto las puertas a los intervencionistas estadounidenses y sus 40 misiones militares en la región, incluyendo la Escuela de las Américas, en Panamá.

Fuerzas Armadas de Liberación Nacional

En Venezuela, las fuerzas revolucionarias, que venían de comandar la lucha que derrotó la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez en 1958, debieron tomar el camino de la clandestinidad, apenas iniciada la llamada democracia representativa.

La intensa represión de ese primer gobierno democrático, forzó la aparición de las autodefensas populares, y en 1961, el III Congreso del Partido Comunista de Venezuela tomó la decisión de emprender la lucha armada como forma principal de lucha política contra el Gobierno represivo de Acción Democrática y su líder Rómulo Betancourt.

La dirección nacional del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), surgido del seno de Acción Democrática, también llamó a tomar las armas.

Se produjeron varios levantamientos militares, entre ellos el Porteñazo y el Carupanazo, que no lograron sus objetivos, pero muchos oficiales y soldados pasaron a integrar los primeros grupos armados de izquierda.

El PCV, el MIR y otras organizaciones conformaron el Frente de Liberación Nacional (FLN) y crearon su brazo armado: las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN).

Varios frentes guerrilleros iniciaron operaciones en montañas de occidente y oriente del país, mientras que en Caracas se formaban zonas militares, entre ellas, el Distrito Militar *Capitán Wilfrido Omaña*, en el cual operó la Brigada Uno, que en 1964 era dirigida por el *Comandante Gregorio* (Luís Correa), uno de los tantos combatientes venezolanos que estuvieron en las trincheras vietnamitas, en la década de los 60.

Unidades Tácticas de Combate (UTC) urbanas ejecutaron acciones que proyectaron mundialmente a las guerrillas venezolanas: fueron secuestrados dos aviones que lanzaron propaganda sobre Caracas, y también el buque carguero Anzoátegui; un grupo de guerrilleros se apoderó de varios cuadros de la Exposición 100 años de la Pintura Francesa; fue secuestrado el futbolista Alfredo Di Stefano, e igualmente el subjefe de la Misión Militar de Estados Unidos, James K. Chenaut, y la sede de esa

Misión norteamericana fue incendiada por un comando de la FALN.

Por Nguyen Van Troi y su pueblo

En el mes de agosto de 1964, había llegado la información, desde Saigón, para entonces capital de Vietnam del Sur, de que el combatiente revolucionario Nguyen Van Troi sería llevado al poste de fusilamiento, por lo cual la comandancia de la Brigada Uno de las FALN tomó la decisión de lanzar una operación solidaria con el país indochino. El objetivo era un miembro de la Misión Militar de Estados Unidos en Venezuela.

Las agencias internacionales de noticias habían informado que un grupo guerrillero del FLN, entre ellos su jefe Nguyen Van Troi, había sido capturado el 9 de mayo (1964) cuando minaban las bases del puente Cong Ly (Justicia en vietnamita), cercano a Saigón, con el propósito de atentar contra el secretario de Estado de EE.UU., Robert McNamara, quien tenía previsto inspeccionar la zona ese 9 de mayo, en compañía del embajador estadounidense en Vietnam del Sur, Henry Cabot Lodge.

El objetivo fijado por la dirección de la Brigada Uno fue el segundo jefe de la Misión Aérea de Estados Unidos en Venezuela, el teniente coronel (av), Michael Smolen, un avia-

dor con experiencia en las batallas bajo el cielo del océano Pacífico, durante la II Guerra Mundial.

La UTC *Iván Barreto Miliani* fue designada para ejecutar la captura del agente de la CIA: Los combatientes le siguieron los pasos al militar estadounidense durante una semana, en una zona que era conocida por la Brigada Uno, debido a que en ese mismo lugar, el 27 de noviembre de 1963, había capturado al coronel norteamericano James K. Chenaut, quien vivió en la Quinta Julieta de la calle Suapure, en las Colinas de Bello Monte, al este de Caracas.

Tras una semana de chequeo, de entradas y salidas, de la familia Smolen a la Quinta Blanca de la calle Suapure, la UTC fijó la operación para el 9 de octubre (7:30 a.m.) para apresar al agente yanqui.

El *Gocho* y el *Caliche*, habían tomado posiciones de acuerdo al plan, en la parte posterior del jardín de la quinta, mientras David Salazar, al frente del volante, esperaba con Argenis Martínez.

Se produjo un atraso imprevisto, porque Smolen había decidido desayunar con su jefe, el coronel Henry Lee Choate; sin embargo, el grupo mantuvo la calma. Tras largos minutos de espera, Salazar puso en marcha el motor del Chevrolet, tipo sedán 1958, cuando el objetivo se puso a la vista, en las escaleras de la Quinta Blanca. Avanzaron

unos metros, suficiente para colocarse al lado de la camioneta azul, marca Ford, con placa de la Misión Aérea de EE.UU., N° 5-0338, al frente de la cual se había ubicado Smolen. Enseguida, uno de los combatientes saltó a la vía, y tras encañonar al militar, lo sacó de la camioneta, y lo introdujo en el Chevrolet tipo Sedan, piloteado por Salazar.

Mientras se daban los acontecimientos en el medio de la calle Suapure, el otro militar, Lee Choate, aprovechó para escapar hacia una casa cercana, la Quinta Monina, mientras el vehículo de los guerrilleros partía a toda velocidad hacia Sabana Grande. Choate no era el objetivo, aclararon días después los guerrilleros.

Salazar aparcó frente al restaurante La Peña Tanguera, en Bello Monte, para entregarle a Héctor Sepúlveda (fallecido dos años después de la operación), quien era el comandante de la UTC responsable del traslado de Smolen al lugar de reclusión, ubicado en un apartamento del edificio Araucaria, entre las calles Porvenir y Negrín, de Sabana Grande, al este de Caracas, donde otro grupo se encargó de la custodia del espía.

Los combatientes de la custodia le explicaron a Smolen la razón de la operación y le hicieron saber la posición de los revolucionarios venezolanos sobre la cruel invasión de Estados Unidos a los países de la Península Indochina.

La Comandancia de las FALN informó a la prensa internacional que tenía en su poder al Segundo Jefe de la Misión Aérea de EE.UU. en Venezuela, y exigía la liberación de Nguyen Van Troi, a cambio de dejar libre a Smolen.

El fusilamiento del guerrillero vietnamita fue aplazado al siguiente día de la captura de Smolen, por órdenes del Departamento de Estado, mientras que el Gobierno títere de Nguyen Khanh, se comprometía a liberar al revolucionario vietnamita. Pero mintió.

Tras cuatro días de cautiverio, Smolen fue dejado libre en la avenida Los Samanes de La Florida (noreste de Caracas), pero el revolucionario vietnamita nunca fue liberado, aunque la prensa proimperialista había dicho lo contrario para confundir el grupo guerrillero venezolano.

La crueldad yanqui

La audacia y entrega de los combatientes de la UTC *Iván Barreto Miliani*, al capturar al espía yanqui, reveló al mundo, en ese momento, la crueldad que cometían los estadounidenses contra los pueblos de Vietnam, Laos y Cambodia: miles de Van Troi eran fusilados diariamente y otros millones eran asesinados bajo la lluvia mortífera de los B-52 y del *agente naranja*.

El mundo supo, una vez más, que los imperialistas le habían mentado al mundo, y que una vez más asesinaban a un joven revolucionario, cuyo único delito era luchar por la independencia de su patria.

Los cuerpos policiales del Gobierno de Raúl Leoni desataron una intensa persecución contra las organizaciones de izquierda, con el asesoramiento de la Misión Militar de Estados Unidos en Venezuela: la Digepol y el Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA), se lanzaron a la caza de los patriotas que habían capturado al oficial gringo. Setenta y siete revolucionarios miembros de la Brigada Uno de las FALN fueron apresados y torturados; otros fueron desaparecidos.

Mientras la resistencia vietnamita le daba fuertes golpes al invasor, en Venezuela, en los propios Estados Unidos y en Europa, se producían gigantescas manifestaciones contra la guerra y por la paz.

El Comandante Gregorio

Octavio Beaumont Rodríguez*

Luís Correa, nacido el 27 de diciembre de 1937, se fue en la plenitud de su madurez, antes de cumplir 73 años; aun así pudo ver hecho realidad su eterno sueño de “asaltar el cielo”, y con su aporte teórico y práctico ayudó al parto político-social-militar-educativo, científico-tecnológico y cultural representado por la Revolución Bolivariana, iniciada el comandante Hugo Rafael Chávez Frías, que sustenta el aporte teórico del socialismo del siglo XXI.

Era un poeta que incitaba a la rebelión y a la revolución, de la cual formó parte en los escenarios fundamentales de la lucha legal e ilegal, la lucha armada y la no armada; igualmente sus películas fueron portales de la gran realidad que fue desmenuzando como si usara un bisturí de diamantes, para ir señalando los males que viven los seres humanos en el despiadado y salvaje sistema capitalista, que se sintetiza en hambre, miseria, enfermedades y guerra, en un universo de 6 mil 500 millones de habitantes.

Correa fue periodista, escritor, poeta, cineasta, político y guerrillero. Participó en mil batallas, siempre listo a com-

batir con la vida y la muerte, la guerra y la paz. Salió siempre ileso, a pesar de los reveses que le tocó asumir como hombre de acción y pensamiento. Para él, la Revolución era una necesidad histórica, un hecho inevitable.

De pueblo en pueblo, la Revolución un día llegó a Vietnam, después a Chile, Nicaragua y Venezuela. Las revoluciones que empiezan por la palabra, permiten que la pólvora llegue a manos del pueblo o de los hombres y mujeres para destruir el Estado burgués a través de la Revolución socialista.

Se entrenó en las trincheras vietnamitas, guiado por el pensamiento militar y político de Ho Chi Minh y del general Vo Nguyen Giap. Pasó la dura prueba del ulular de las sirenas, los bombardeos incesantes de la aviación estadounidense y los cañonazos de los *marines US*.

Una vez más se puso a prueba su coraje y formación política-ideológica y militar, al prestar su solidaridad como combatiente internacionalista, al lado del pueblo vietnamita en una larga batalla que concluyó el 30 de abril de 1975, con la aplastante victoria del pueblo indochino civil y guerrillero, guiado por el glorioso Partido Comunista de Vietnam.

El *Comandante Gregorio* afirmaba que “la Revolución Bolivariana está muy desligada de las revoluciones, que son

procesos muy complejos, con profundas dinámicas multidimensionales, por lo cual sus transformaciones tienen lugar en el sistema capitalista. En tal sentido es importante afirmar que existen cinco dimensiones, que evidencian los puntos de quiebre del viejo orden civilizatorio y lo cual puede hacer que tengamos otro mundo posible”. Ello está sintetizado en la crisis ecológica que ha puesto en evidencia la dinámica destructiva propia del modelo tecnoindustrial imperante y que nos obliga a ensayar formas distintas de relación con la naturaleza en la línea del ecodesarrollo y el etnodesarrollo; la agudización de la desigualdad y la exclusión económicas como resultado de la extensión planetaria de la lógica capitalista y la irrupción de los movimientos sociales antiglobalización; el estallido del multiculturalismo en rechazo a las tendencias homogeneizadoras del imperialismo cultural euronorteamericano; el creciente cuestionamiento ético al sistema monopólico de propiedad y gestión de los medios de producción, como ha venido sucediendo con el debate internacional acerca de la legitimidad de las patentes; la crisis de la democracia representativa como dispositivo de regulación política y la emergencia de alternativas en pro de la participación efectiva de los actores sociales tradicionalmente excluidos de la toma de decisiones públicas (democracia participativa y democracia directa).

Militó como trabajador de la Radio 12 del Partido Comunista de Venezuela, en la parroquia El Recreo, en los

años 50. Formó parte del Buró Universitario de la Juventud Comunista. Estudió en la Universidad Central de Venezuela (UCV), de donde egresó como licenciado en Periodismo.

Participó en los inicios de la lucha armada como combatiente, y luego como jefe de escuadra y de Unidad Táctica de Combate (UTC). Fue comandante de la Brigada Uno de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), y como tal, el 9 de octubre 1964 en Caracas, Venezuela, dirigió políticamente la operación militar de captura del teniente coronel Michael Smolen, a quien se trató de cambiar por la libertad del patriota vietnamita Nguyen Van Troi. A pesar de no haberse logrado salvar a Van Troi, la operación representó una acción contundente de solidaridad con el pueblo vietnamita.

Estuvo preso en la Digepol y en el Cuartel San Carlos, y posteriormente en el Teatro de Operaciones N.º 3 ((TO3, antiguerrillero) en El Tocuyo. Vivió en Cuba, Checoslovaquia (hoy República Checa), la Unión Soviética, China y Vietnam. Salió de Venezuela expulsado, y en otra ocasión como asilado en la Embajada de México. Fue uno de los fundadores del Movimiento Al Socialismo, organización que luego abandonó cuando esta cambió el rumbo hacia la derecha.

Cineasta, periodista y escritor

Fue guionista, productor y director de cortos y largometrajes: *Dos puertos y un cerro*, *Todos los días un día*, *Tierra guajira*, *Crónica de un subversivo latinoamericano*, *Soy un delincuente*, *Se llamaba SN*, *La Casa del Paraíso*; *Ledezma: el Caso Mamera*, *La Matanza de Santa Bárbara* y *La Quinta del Porro*.

Columnista del diario *La Esfera* (1959-1961), colaborador de *Tribuna Popular*; director (1968) del semanario *Cuestiones*, autor de la novela *FALN Brigada Uno* (Caracas, Venezuela, 1973), *Guerriglia in Sud América FALN: Brigate Uno*. Marsilio Editori collettivo a cura di Nanni Balestrini e Pietro A. Buttitta Roma, Italia (1976).

Autor del ensayo “Documentos para la vida pública del general Ezequiel Zamora”, (Boletín de la Academia de la Historia. Caracas, 1981). Escribió los poemarios: *Sol mudo* (Caracas, 1997), *Silenciarío* (Caracas, 2001) y *Distancia hacia la zona* (Caracas, 2004).

Es uno de los personajes del libro *La lucha armada: hablan 6 comandantes*, de Agustín Blanco Muñoz, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Caracas 1981.

En abril de 2009 visitó Vietnam y confesó: “ahora sí me puedo ir tranquilo de este mundo, pues ayudé con

un modesto esfuerzo a consolidar la Revolución vietnamita”.

El 25 de marzo del 2010 se marchó de este mundo un comandante guerrillero valiente, audaz, bondadoso, amigo, camarada y solidario con las luchas de los pueblos por su independencia y liberación nacional.

* Periodista e historiador. Presidente fundador de la Casa de la Amistad Venezuela Vietnam.

Presidente Chávez recibe a mandatario vietnamita Nguyen Minh Triet

Por: Prensa Web RNV | Jueves, 20/11/2008 04:05 PM

Crédito: RNV

20 Noviembre 2008.- El presidente de la República Socialista de Vietnam, Nguyen Minh Triet, fue recibido este jueves 20 de noviembre por el mandatario venezolano, Hugo Chávez, en el Palacio de Miraflores.

Triet arribó a la sede del Gobierno Bolivariano, donde fue recibido con honores para sostener un encuentro con el presidente Chávez, en el marco de su primera visita al país suramericano.

El líder vietnamita llegó a Venezuela el pasado martes en la noche, y este miércoles participó en actividades oficiales con el vicepresidente Ramón Carrizales y autoridades del Ejecutivo venezolano.

Visitó el Panteón Nacional, donde colocó una ofrenda floral ante el sarcófago del Libertador Simón Bolívar.

A Nguyen Minh Triet le acompaña una comitiva conformada por Pham Gia Khiem, vice primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores; Le Doan Hop, ministro de

Información y Comunicaciones; Nguyen Thi Kim Ngan, ministra del Trabajo, Inválidos y Asuntos Sociales; y **Phan Thi Quyen, viuda del héroe vietnamita Nguyen Van Troi.**

También asisten los viceministros de Educación y Formación de Vietnam, Pham Vu Luan; de Finanzas, Pham Sy Danh; de Agricultura y Desarrollo Rural, Nguyen Viet Thang; y de Planificación e Inversión, Cao Viet Sinh.

De 66 años, Nguyen Minh Triet fue elegido presidente de la nación del sureste asiático en 2006, para sustituir a Tran Duc Luong.

Previamente, desde el año 2000, se desempeñó como miembro del buró político; secretario general del partido de la ciudad Ho Chi Minh; miembro del Comité Central del Partido Comunista y del buró político en el IX Congreso del Partido Nacional; diputado de Asamblea Nacional; miembro del Comité Central del Partido Comunista y del buró político en el X Congreso del Partido Nacional.

Su trayectoria política se inicia en 1965, cuando ingresa como miembro pleno al Partido Comunista de Vietnam, aunque entre 1960 y 1963 ya había participado en el movimiento estudiantil revolucionario de Saigón, hoy Ciudad Ho Chi Minh.

La comuna de Phu An, en la provincia de Binh Dong, es la tierra donde nació Triet, quien fue combatiente del Vietcong en la zona de resistencia. Es licenciado en Matemáticas y doctor en Ciencias Políticas.

Esta edición de 3000 ejemplares
se imprimió en junio de 2014
en los Talleres Tipográficos Norte, C.A.
en Caracas, República Bolivariana de Venezuela.



*“Podrán cortar
todas las flores,
pero nunca
detendrán
la primavera”*

Pablo Neruda

VIVIR COMO ÉL es una cartilla revolucionaria para su estudio e imitación por la juventud en cualquier parte del mundo. Se trata del espejo de una vida cuyo final conmovió a la humanidad que se agita decidida a romper las amarras de un sistema decadente, cuyos estertores de muerte constituyen una seria amenaza para los pueblos a los que, de una forma u otra, oprimen cruelmente.

Es la vida del héroe Nguyen Van Troi, joven obrero electricista perteneciente a las fuerzas especiales llamadas Dag Gong a las FAL de Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur, contada por su esposa, una muchacha valiente de 21 años a quien su marido enseñó a amar y entender cabalmente la gran causa de su pueblo, la que encontró su camino en las invencibles guerrillas survietnamitas.



Ministerio del Poder Popular
para la **Educación**

IPASME



**DISTRIBUCIÓN
GRATUITA
PROHIBIDA SU VENTA**